

La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca): Lugar de culto antiguo y ermita cristiana

Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca): Antique cult site and christian hermitage

Alberto J. LORRIO*, Teresa MONEO**, Fernando MOYA***, Sara PERNAS*,
M^a Dolores SÁNCHEZ DE PRADO*

* Departamento de Prehistoria. Universidad de Alicante. 03080 Alicante.
alberto.lorrio@ua.es

** Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 28040 Madrid.
teresamoneo@telefonica.net

*** Cronista Oficial. Ayuntamiento de Fuenterrobles. Plaza del Retiro, 1. 43314 Fuenterrobles (Valencia).

Recibido: 06-09-2005
Aceptado: 19-09-2005

RESUMEN

La Cueva Santa del Cabriel ofrece una larga ocupación que se extiende desde un momento avanzado del Calcolítico y el inicio de la Edad del Bronce hasta la actualidad. El estudio de sus características y materiales ha permitido establecer su interpretación como posible lugar de enterramiento durante sus etapas iniciales y como cueva-santuario durante la II Edad del Hierro, hasta llegar actualmente a ser una ermita cristiana. Este proceso llevó aparejado una evolución de los ritos y divinidades.

PALABRAS CLAVE: Religión. Cueva Santuario. Culto. Divinidad.

ABSTRACT

Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca) has been frequented from later Copper Age and Early Bronze Age periods until today. An analysis of its features and its material culture allows us interpret it as a burial cave in the Copper Age-Early Bronze Age and a sacred cave in the Iron Age. Nowadays, is it a Christian hermitage. An evolution of its rites and divinities worshipped is observed in this time.

KEY WORDS: Religion. Sacred Cave. Cult. Divinity.

SUMARIO 1. Introducción. 2. Situación y acceso. 3. Descripción. 4. La documentación arqueológica. 5. Fuentes literarias y etnográficas. 6. La II Edad del Hierro: la cueva como lugar de culto. 7. Los siglos oscuros. 8. La tradición cristiana: la cueva como ermita. 9. La tradición de la romería. 10. Valoración.

1. Introducción*

La Cueva Santa se encuentra situada en la Serranía Baja de Cuenca, sobre uno de los frecuentes barrancos de la margen izquierda del río Cabriel, afluente del Júcar, en el límite occidental del término municipal de Mira, Cuenca¹. El uso prehistórico de la Cueva era conocido desde antiguo, conservándose diversos materiales, entre los que destacan una serie de vasos caliciformes de época ibérica, en el Museo de Cuenca, así como un conjunto heterogéneo de objetos formando parte de diferentes colecciones privadas. No obstante, dada la ausencia de trabajos de investigación sobre la cavidad y la dispersión del material recuperado, tan sólo recientemente se han empezado a valorar tales ocupaciones (Moya 1998: 32 ss., 41 ss.; Moneo 2003: 169). En 2003, dentro del proyecto de carta arqueológica que venimos realizando en diversos términos municipales de la comarca (*vid. infra*), se llevó a cabo el levantamiento topográfico de la cavidad así como una prospección superficial tanto en el interior como en el exterior de la misma²; dichos trabajos permitieron recoger algunos materiales muy fragmentados, principalmente cerámicos, concentrados en una de las salas más internas de la Cueva. El estudio conjunto de unas y otras colecciones nos ha permitido confirmar la importancia de esta cavidad, que proporciona una amplia secuencia ocupacional desde época prehistórica a la actualidad, lo que la distingue de otras cuevas del entorno, de ocupación más esporádica, documentándose diferentes usos de la misma, pues la Cueva fue originariamente lugar de enterramiento, convirtiéndose posteriormente en santuario, si bien pudo haber tenido otras funciones más prosaicas, como sería la de simple lugar de refugio. La prospección de una extensa área en torno a la Cueva nos ha permitido, asimismo, analizar la cavidad en relación al territorio circundante.

A partir del siglo XIV hasta nuestros días la Cueva se convierte en lugar de culto cristiano. La poca atención de las autoridades eclesiásticas al lugar, limitándose a tolerarlo y asumirlo, ha permitido que la fiesta de la Cueva, que se celebra durante la Primavera, variando de fecha según los pueblos, se haya conservado relativamente pura en sus raíces y haya mantenido a través del tiempo gran parte de sus características más antiguas, en muchos casos mediante la tradición oral, ya que la documentación escrita, por las razones esgrimidas, es escasa (Moya 1998: 20 s.).

2. Situación y acceso

La Cueva Santa se sitúa en el denominado “Barranco de la Cueva Santa”, de fachadas abruptas y fuerte desnivel, cuyas alturas oscilan entre los 875 y los 700 m. Presenta una orientación Oeste. Está constituido por rocas calizas de coloración rojiza formando paredes verticales, con formaciones a modo de cubetas que se llenan en época de lluvia (Moya 1998: 29). Se localiza en la parte alta de este profundo barranco, a 800 m s.n.m., muy por encima del fondo del mismo, dominándose desde su boca un amplio paisaje formado por el cauce del río Cabriel y sus fértiles orillas (Fig. 1). En sus inmediaciones, se localizaba la hoy desaparecida aldea de Fuencaliente, cubierta por las aguas al construirse en 1975 el embalse de Contreras.

La Cueva se ubica en la zona meridional de la Serranía Baja de Cuenca. Esta formación montañosa del Sureste del Sistema Ibérico en conexión con el dominio mediterráneo es un área amesetada, por encima de los 1.000 m, de componentes calizos que configuran una particular y accidentada orografía (Estébanez 1974: 15), con una importante presencia de cuevas o abrigos. El rasgo diferencial de la zona es la presencia de la Cuenca del río Cabriel, el cual, junto con la Hoya de Contreras, es el accidente geográfico más destacado. La acción erosiva, propiciada por la escasa dureza de los materiales geológicos, ha encajado al río en una profunda entalladura de 300-400 m de media por debajo del nivel de la meseta circundante. En sus márgenes se forman meandros, cuyos arrastres y sedimentos (Bielza



Figura 1.- Mapa de situación de la Cueva Santa del Cabriel, Cuenca.

de Ory 1989: 186-187) crean un mosaico de pequeñas vegas cuaternarias. El río se encuentra hoy controlado por el embalse de Contreras, de numerosos brazos al estar encajonado en una zona muy accidentada.

Así pues, la Cueva se localiza en un valle fluvial, dentro de un paisaje compuesto por un conjunto de ramblas, pequeños cursos fluviales que discurren encajonados en profundos barrancos y algunos promontorios menores. Es una de las formaciones cársticas fruto de procesos erosivos que aparecen

en los barrancos cercanos a las vertientes del Cabriel, algunas de las cuales han proporcionado materiales arqueológicos de diversa cronología (Moya 1998: 53 ss.), tales como la Cueva Ahumada, la Cueva del Barranco de la Cueva Santa o la Cueva de la Virgen Vieja, en Mira, Cuenca, todas en su entorno inmediato. Cabe citar, además, las cuevas del Puntal del Horno Ciego y la Cueva Santa, Villargordo del Cabriel o la Cueva de la Fuente del Molón, Camporroble, en Valencia, en uso durante la II Edad del Hierro como cuevas-santuario (Moneo 2003: 198 s).

El acceso a esta cavidad se realiza desde la carretera local de Villargordo del Cabriel a Camporroble, a través de una pista de tierra situada a 4 km de esta última localidad, que lleva hasta las antiguas casas de labor del Alabú y al Pozo de la Llave, ambos enclaves localizados en un antiguo camino de herradura, una de las vías menores que comunicaba esta zona con las tierras de la margen derecha del Cabriel, que ya en el siglo XVI era conocido como Camino de Enguñanos, pues procediendo de esta localidad confluía localizada aguas arriba de la Cueva Santa, llegaba a Fuenterroble, siguiendo hasta Utiel y Requena (Moya 1998: 81 s.). Tras pasar las casas del Alabú, el camino se bifurca en dos ramales que se unen de nuevo y llevan a lo alto de la Cueva. Desde allí, una senda conduce al pie de la cavidad. La construcción del embalse de Contreras ha cortado los caminos que comunicaban con la otra orilla del Cabriel a través de la desaparecida aldea de Fuencaliente. Sus coordenadas son 30SXJ285851, Hoja nº 26-27 (693) Utiel. Serie L, del Servicio Geográfico del Ejército de 1997. E: 1:50.000.

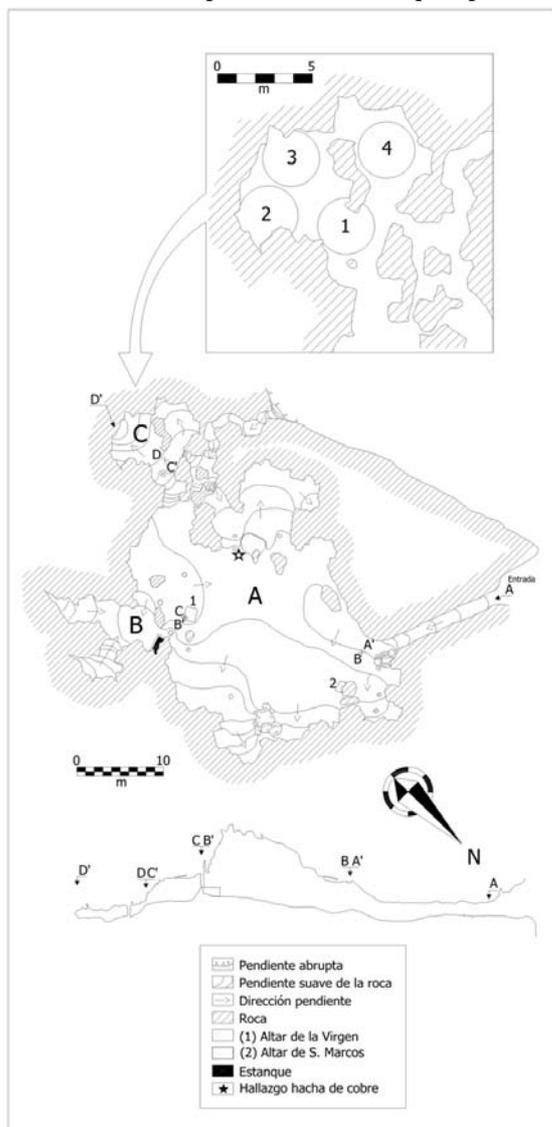


Figura 2.- Planta y sección de la Cueva Santa, con indicación de las salas en las que se estructura la cavidad (A-C) y los principales elementos estructurales documentados. Detalle de la Sala C, con las áreas prospectadas (1 a 4).

3. Descripción

La Cueva Santa del Cabriel destaca sobre las restantes cuevas de su entorno tanto por las dimensiones y espectacularidad de sus salas, sobre todo la principal, como por su profundidad destacable, presentando también una mayor complejidad, al albergar diversas salas comunicadas entre sí (Fig. 2).

La boca o entrada a la Cueva está orientada al ocaso, situándose en una de las paredes del barranco, a cierta altura respecto al camino de acceso, cuyo desnivel se salva en la actualidad mediante una escalera metálica (Fig. 3). El acceso se realiza a través de 6 peldaños labrados en la roca, con medidas



Figura 3.- Vista de la entrada de la Cueva Santa del Cabriel.

que oscilan entre 0,20 y 0,45 m de anchura y 0,88 y 1,10 m de largo.

Desde aquí, un angosto pasillo de 11,50 m de longitud por 1,20 de anchura lleva al interior de la oquedad, al parecer retocado a pico con posterioridad a 1787 con el fin de facilitar la entrada (Moya 1998: 30). El pasillo desemboca en una sala central (A) de planta semicircular de entre 22 y 29 m de anchura y una altura máxima de 10 m, en la que destacan, en el centro, dos grandes estalactitas y, al fondo de la cavidad, una cubeta de planta rectangular (*vid. infra*). La sala se comunica con otras dos salas menores (B y C), que quedan casi inundadas en épocas de grandes lluvias (1998: 30). Resulta frecuente la presencia de formaciones cársticas, gours, estalactitas y estalagmitas, aunque la acción de los explosivos que afectaron a la sala principal en los años 1970 (*vid. infra*) rompió la mayoría de ellas –quedan, sin embargo, aún 12 columnas naturales de piedra uniendo techo y suelo–, y levantó todo el suelo, lo que dificulta la accesibilidad o el tránsito por ella, provocando la remoción del sedimento conservado, lo que, sin duda, facilitó la recogida de algunos hallazgos, como las monedas, todas recuperadas en esta sala, o un colgante de



Figura 4.- Columna estalagmítica del interior de la Cueva Santa, en cuya base se halló un hacha de cobre.

hueso. A pesar de estas actuaciones, se recuperaron algunas piezas que, al parecer, todavía se hallaban *in situ*, como un hacha de cobre, aparecida en la base de una columna estalagmítica (Figs. 2 y 4).

La sala B puede considerarse una prolongación de la sala principal hacia el Este. Mide 3,50 m de largo por 4,75 de ancho y ofrece dos gateras divergentes de 5 por 3 m y 7,24 por 2,75 m de ancho, respectivamente. Delante de esta pequeña sala se sitúa una gran columna central, que alberga el actual altar a la Virgen de la Cueva Santa. En un saliente rocoso, situado a su derecha, se ha documentado la presencia, ya mencionada, de una cubeta excavada en la roca (Fig. 5), de tendencia rectangular, de 2,50



Figura 5.- Detalle de la cubeta.

m de largo por 0,67 de ancho y 0,14 de profundidad, que recoge el agua que se filtra por las paredes.

Por su parte, la sala C, al Sur, queda situada a un nivel más bajo. A ella se accede, con dificultad, a través de un sumidero de 5,10 m de largo y 0,70 de diámetro. La sala mide 6,35 por 5,50 m de largo; su altura es de 2,90 m en su parte central; ofrece, a su derecha, una prolongación de 3,50 m de ancho, 5,36 de largo y 2,10 de alto. Ambos espacios quedan separados por una columna estalagmítica, en torno a la cual aflora la roca, que ocuparía un lugar más o menos central, que es también el de mayor altura de la sala, cerca de los 3 m, reduciéndose hasta los 0,62 m junto a las paredes laterales, donde se documentan abundantes piedras y de donde proceden la mayoría de los hallazgos. Presenta en su pared derecha un pasillo estrecho, de 0,70 m de anchura, con un primer tramo de 1,70, seguido de otro de 3,24 m, que desembocan en un espacio de 2,16 m de ancho, sin que podamos precisar su longitud porque acaba en un profundo sumidero. Hacia el Oeste, una gatera ascendente comunica con el exterior a través de un tortuoso recorrido de 14,60 m de largo por 1,20 de ancho; este segundo acceso se sitúa a unos 28 m de distancia de la entrada principal. Además, un estrecho agujero, con un orificio de 0,50 m a modo de ventana, permite la comunicación con la sala principal.

En el interior de esta sala C se halló la mayor parte del material arqueológico, en su mayoría formado por fragmentos de vasos cerámicos pertenecientes a la II Edad del Hierro, sobre todo de tipo caliciforme, aunque también se hayan encontrado pequeños platos. Al parecer, un conjunto de piezas completas habría sido recuperado en el pasillo que parte de la pared derecha de la sala, donde se hallaban depositadas entre las grietas de las rocas (Moya 1998: 31) (Fig. 6). Otros materiales de diversas épocas también se encontraron en esta sala (*vid. infra*).

4. La documentación arqueológica

4.1. Hallazgos aislados y trabajos de prospección superficial

Como se ha señalado, la Cueva Santa del Cabriel ha sido frecuentada desde la Prehistoria hasta nuestros días. Cabe suponer que, durante tan extenso periodo, debieron producirse esporádicos hallazgos, aunque, seguramente por su escaso interés, nunca



Figura 6.- Detalle del interior de la Sala C.

llegaran a trascender. Con todo, los materiales recuperados en las actuaciones incontroladas que durante las décadas de los años 60 y 70 del pasado siglo afectaron a la cavidad, con la utilización, incluso, de material explosivo, provocando un daño irreparable en la misma, parecen confirmar la excelente conservación de las evidencias arqueológicas, sobre todo por lo que respecta al uso del espacio como cueva-santuario durante la II Edad del Hierro.

La primera “intervención” arqueológica se realizó en los años 60, cuando el cura de la aldea de Fuencaliente organizó, con colegas de la localidad, uno de aquellos grupos conocidos como “Misión Rescate” que, con más entusiasmo que oficio, “rescataban” los vestigios de nuestro pasado más o menos remoto. Como resultado de estas visitas se hallaron unos 30 ó 40 vasos caliciformes ibéricos, así como pequeños platos y restos óseos de animales. Estos materiales procedían en su mayor parte de la sala más profunda³, donde parece ser que estaban colocados en las grietas de la roca o entre las estalactitas; la mayor parte de tales hallazgos se dispersó, aunque algunos ejemplares pasaron a formar parte de las colecciones del Museo de Cuenca (Moya 1998: 31)⁴.

Más tarde, a inicios de los años 70, se produjo el mayor expolio que ha sufrido la cavidad, utilizando incluso cargas explosivas, lo que conllevó la desaparición de un gran número de recipientes cerámicos de pequeño tamaño, en su mayoría protohistóricos, aunque alguno pudiera ser también de época romana (1998: 32), produciéndose la remoción de los niveles estratigráficos de la cavidad.

Desde entonces, coincidiendo con el abandono de la Cueva como lugar de culto y la suspensión de la romería, la cavidad ha seguido siendo objeto de expolios de diferente entidad. Con todo, algunos de los restos arqueológicos no se han perdido, conser-

vándose en varias colecciones particulares de la zona, debiéndose su recopilación y valoración inicial a F. Moya (1998: 32-37; *vid.*, igualmente, Arroyo *et al.* 1995: 210-212)⁵, en cuya monografía sobre *La Cueva Santa del Cabriel* incluye, junto a los datos arqueológicos dispersos por la comarca, los históricos y etnográficos, lo que permite al autor realizar una reconstrucción de la evolución histórico-religiosa de este lugar de culto, cuyo origen, con reservas, retrotrae hasta el Neolítico.

Es a partir de los trabajos de Moya cuando la Cueva Santa comienza a ser valorada como una cueva-santuario ibérica, relacionándola con las conocidas en la vecina comarca de Requena-Utiel, donde son relativamente abundantes, ya bajo la denominación de “Cueva Santa de Fuencaliente (Mira)” (Lorrio 2001: 24; Moneo 2001: 180), tal como aparece en la documentación conservada en el Museo de Cuenca (*vid. supra*), ya como Cueva Santa II (Mata *et al.* 2002: 326), diferenciándola así de la Cueva Santa de Villargordo del Cabriel. Finalmente, se debe a Moneo (2003: 169) la descripción más extensa de esta cavidad, que incluye entre las cuevas-santuario de época ibérica, aunque optando por la denominación propuesta por Moya (1998), esto es, Cueva Santa del Cabriel⁶.

La prospección arqueológica, llevada a cabo en 2003, nos ha permitido constatar el alcance de los expolios, sobre todo por lo que se refiere a la sala principal, donde en la actualidad apenas se observa en superficie resto arqueológico alguno. Las importantes alteraciones de la sala principal conllevaron la destrucción del sedimento original, parte del cual se retiró al exterior de la Cueva, donde hemos documentado la presencia de algunas escasas cerámicas. Mayor interés tuvieron los trabajos realizados en la sala más interna o Sala C, donde la presencia de materiales cerámicos, relativamente abundantes aunque muy fragmentados, nos llevó a centrar la prospección superficial en diferentes zonas de la sala, con el objeto de confirmar posibles concentraciones significativas; a tal fin planteamos cuatro círculos de 3 m de diámetro cada uno, distribuidos de acuerdo a los puntos cardinales (Fig. 2).

Así, pues, la presencia de restos, principalmente cerámicos, en el interior de la cavidad se reduce a la Sala C, donde se han recogido hasta 95 fragmentos de tamaño muy reducido, pertenecientes a vasos de diferente cronología (Fig. 7,1), además de otros dos de un recipiente de vidrio y otro de una lámina de hierro. Entre ellos, destacan 74 correspondientes

a pequeños vasos a torno ibéricos, fundamentalmente caliciformes y páteras, así como algún plato y botellita. Una cronología más reciente la proporcionan dos fragmentos de cerámica de paredes finas y otro de *terra sigillata* africana de tipo A. Por su parte, otros 7 se adscriben a época islámica. Cabe referirse, además, a la presencia de 9 fragmentos de cerámica bajomedieval y moderna de Paterna y Manises, producciones de lujo que debieron usarse en las celebraciones litúrgicas, aunque no deje de llamar la atención el que fueran halladas en un lugar tan recóndito de la cavidad (Moya 1998: 82). De acuerdo con los resultados de la prospección (Fig. 7,2), de los 98 fragmentos recuperados en total, la mayor parte se recogió en la zona más oriental de la sala, en concreto en el círculo 2, distribuyéndose el resto por los restantes círculos, con una similar presencia. El material de la Edad del Hierro aparece disperso por la parte oriental de la sala, aunque con una mayor concentración en el círculo 2, lo que también es aplicable a los escasos materiales de época romana e islámica. Por su parte, las producciones más modernas, se documentan igualmente en el círculo 2, aunque también apareciera algún fragmento hacia el lado Oeste de la sala (círculo 4).

4.2. Secuencia cultural

El conjunto de materiales arqueológicos documentados, todos ellos materiales procedentes de recogidas superficiales, no siempre controladas, permite establecer diversos momentos de uso de la cavidad, destacando principalmente los correspondientes a época ibérica y bajomedieval-moderna. En total se han podido contabilizar 154 fragmentos o piezas, más o menos completas, de objetos cerámicos (Fig. 7,1), generalmente vasijas, casi todas ellas recogidas en la Sala C; la mayor parte de estos materiales corresponde a la Edad del Hierro (70,3%), siguiéndole en importancia los de época bajomedieval y moderna (20,6%), estando representados en porcentajes más bajos los de época islámica (4,5%), Calcolítico-Edad del Bronce (2,5%) y época romana (1,9%). También se han recogido, siempre en la sala principal, otros materiales, tanto de época prehistórica, como un colgante de hueso y un hacha de cobre, como de época moderna y contemporánea (Moya 1998: 35 s.), con una interesante colección numismática integrada por 19 monedas, o un heterogéneo conjunto de objetos, algunos acordes con la condición religiosa de la Cueva,

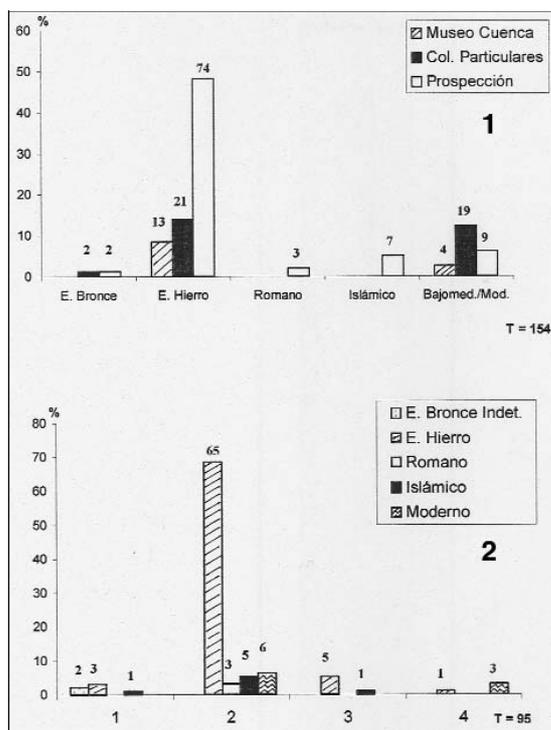


Figura 7.- Sala C. Clasificaciones porcentuales del total del material cerámico documentado en las diferentes colecciones existentes (1) y del material cerámico recogido en cada uno de los círculos prospectados, según su adscripción cronológica (con indicación del nº de fragmentos) (2).

como crucifijos o medallas, pero otros, como algunos casquillos de balas, relacionados con visitas esporádicas en momentos de abandono; igualmente, carentes de contexto, un cráneo humano y restos de fauna sin identificar (1998: 36).

1. Las evidencias más antiguas se reducen a una pequeña, pero significativa, muestra de materiales, integrados por un fragmento de hacha o azuela de piedra pulimentada, un hacha de cobre (Fig. 8,3), un colgante de hueso (Fig. 8,4), así como algún fragmento informe de cerámica a mano tosca, y dos fragmentos pertenecientes a otras tantas vasijas encontradas en el exterior de la cavidad (Fig. 8,1-2), cerca del acceso actual, y quizá relacionados con limpiezas de la misma. Tales materiales podrían interpretarse como la evidencia de un posible uso funerario de la cavidad, que cabe situar entre un momento avanzado del Calcolítico y el inicio de la Edad del Bronce, sin que podamos descartar que la Cueva siguiera siendo frecuentada durante este periodo. Un cráneo humano, perteneciente a un individuo adulto, probablemente varón, conservado en el Museo de Cuenca como procedente de la Cueva, podría relacionarse con dicha ocupación.

Efectivamente, existen noticias sobre el hallazgo de un hacha o azuela de piedra pulimentada, que no hemos podido estudiar directamente, aparecida en las cercanías de la Cueva, junto al camino de acceso. Dado que se trata de un hallazgo superficial, del que se desconoce su procedencia exacta, no es posible determinar su adscripción cronológica, pues, en las tierras valencianas, este tipo de piezas aparecen en contextos funerarios a partir del Neolítico Final o el Calcolítico Inicial, siendo habituales durante el Calcolítico Pleno (Soler 2002, II: 32 s.), aunque su uso se mantenga durante la Edad del Bronce (Jover 1998: 221). Hallazgos similares se documentan en diversas cuevas de la Serranía de Cuenca en contextos de la Edad del Bronce (Díaz-Andreu 1994: 138).

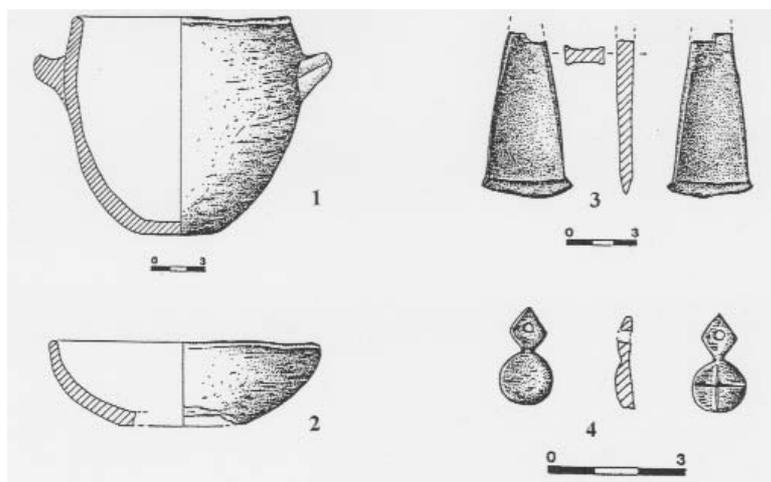


Figura 8.- Materiales procedentes de la Sala A o del exterior de la cavidad: 1-2, vasijas a mano; 3, hacha de cobre; 4, colgante de hueso.

Mayor interés tiene el hallazgo, en la base de una columna estalagmítica de la sala principal, de un hacha plana de cobre arsenical⁷ (Fig. 8,3), de forma trapezoidal (Monteagudo 1977: 21 ss.). De acuerdo con los índices utilizados por Lull (1983: 180 s.) para la clasificación de las hachas argáricas, que hay que tomar como aproximados al no conservarse la pieza completa (ángulo: < 0,28; exvasamiento: < 0,45; área: > 18,8), el ejemplar se incluye en el Tipo I, con ángulos menores a 0,35, Subtipo MP, con áreas muy pequeñas inferiores a 22 cm² (*vid.*, al respecto, Simón 1998: 232 s.). Presenta un pequeño talón, roto posiblemente durante el proceso de fabricación, al eliminar el cono de vertido, quedando una superficie irregular que no se trabajaría, fenómeno observado en otros ejemplares del tipo (1998: 232) y que no debió ser un problema para su uso, al quedar dicha zona enmangada. La sección es rectangular, aunque con incipientes rebordes, martillados pero no pulidos. El filo es abierto y convexo, presentando sus extremos ligeramente sobresalientes; presenta muestras de desgaste similares a las que ofrecen otras hachas planas, lo que seguramente cabe relacionar con una misma actividad para todas ellas; tales muestras de desgaste confirman que se trata de una pieza funcional, lo que no impide que fuera depositada como una ofrenda, posiblemente votiva. Los flancos de la pieza son ligeramente convexos. Sin llegar a presentar el aspecto rectangular de las piezas más antiguas, de época calcolítica, el ejemplar de la Cueva Santa resulta muy ancho, ofreciendo por tanto una forma funcionalmente no optimizada, que implicaría una necesidad mayor de metal para su realización, lo que cabría interpretar como un índice de antigüedad⁸, pudiendo plantear para este ejemplar una fecha que oscila entre un momento avanzado del Calcolítico y el Bronce Pleno. Es un hallazgo habitual tanto en poblados como en necrópolis, estando documentada su presencia en el interior de cuevas, aunque no siempre en relación con enterramientos (1998: 234).

Por lo que se refiere al colgante (Fig. 8,4), se trata de una pieza de hueso hallada en la sala principal. Está formada por dos cuerpos unidos por un estrangulamiento: el superior, donde se localiza la perforación, romboidal, y el inferior, circular y algo mayor; ofrece sección plano-convexa. Aunque la pieza carece de paralelos próximos, su adscripción cronológica ha podido establecerse a partir de los aspectos tecnológicos relativos a su proceso de fa-

bricación, observados a través de una lupa binocular. La perforación es bidireccional y fue realizada mediante el uso de un taladro con punta de sílex. En la zona del estrangulamiento quedan restos de aserrado, para lo que se utilizó seguramente una pieza de sílex. El anverso aparece pulido, proporcionando una superficie brillante, mientras que en el reverso se observan todavía las estrías de abrasión, así como dos trazos que forman un motivo cruciforme, con un punto central ligeramente descentrado; la línea horizontal presenta una rectificación en parte de su trazado. Tanto el punto como las líneas, muy finas, pudieran haber sido realizados con un punzón metálico, lo que cabría relacionar, quizá, con el proceso de fabricación, vinculándolos con el cálculo de la circunferencia que constituye la pieza. Presenta un ligero desgaste en la zona superior de la perforación, por lo que parece que la pieza no tuvo un uso muy prolongado.

Cabe, aún, hacer referencia a 2 fragmentos de cerámica a mano informes aparecidos en el círculo 1, aunque en el exterior de la Cueva se hayan recuperado dos piezas que permiten reconstruir la forma completa de otras tantas vasijas, bruñidas al exterior y alisadas al interior, de cociones reductoras y pastas bien decantadas. Se trata de una ollita ovoide de borde entrante, labio recto oblicuo al interior, base plana y un mamelón o lengüeta en la parte superior de la pieza (Fig. 8,1), y de una escudilla de borde saliente y base plana (Fig. 8,2). Son formas frecuentes como elementos de ajuar en las cuevas calcolíticas de inhumación múltiple del Levante peninsular (Soler 2002, II: láms. 29,49, 34,3, 47,5 y 199,7; láms. 174, 176 y 178, respectivamente), en ocasiones asociados a decoración campaniforme (2002, II: lám. 29,49).

2. Como se ha señalado repetidamente, la ocupación más importante de la Cueva en época prehistórica se produjo durante la **II Edad del Hierro**, con la cavidad convertida en santuario, habiéndose individualizado un número mínimo de 72 recipientes a torno adscritos a este momento, de los que, en la mayor parte de los casos, tan sólo conservamos fragmentos de pequeñas dimensiones, pudiendo señalarse, igualmente, la presencia de algún fragmento de cerámica a mano (Figs. 9-11,1).

En efecto, se han recogido escasos fragmentos informes de **cerámica a mano**, producto de cociones reductoras y con tratamiento superficial alisado, asimilables a la Edad del Hierro. Entre ellos,

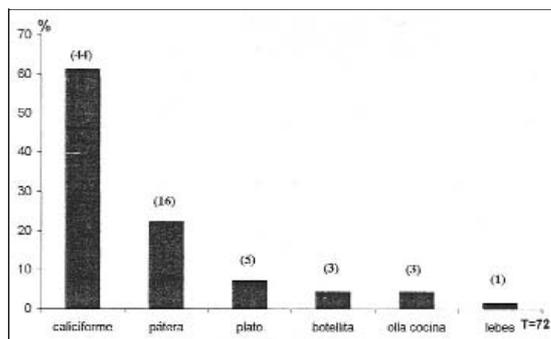


Figura 9.- Sala C. Proporción de los diferentes tipos cerámicos a torno de la Edad del Hierro documentados (a partir del número mínimo de individuos).

dos presentan un cordón decorado con unguilaciones (Fig. 10,1-2). Como se puede comprobar en el yacimiento de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia), esta técnica decorativa resulta muy común entre las producciones a mano. Así, aparece, en general, en forma de cordones aplicados, tanto en el Nivel I, fechado en un momento inicial de la Edad del Hierro o en la transición del Bronce Final al Hierro Antiguo (Mata 1991: 190, fig. 76), pero sobre todo en el Nivel III, fechado desde mediados del siglo VI a mediados del V a.C. (1991: 151 y 193, figs. 79-81). Tales decoraciones están asimismo presentes en el cercano poblado de Cabeza Moya (Enguídanos, Cuenca) (Navarro y Sandoval 1984: figs. 9-10). En realidad, el hallazgo de cerámicas modeladas a mano atribuibles a la Edad del Hierro son muy escasas en las cuevas-santuario (*vid.* algunos ejemplos en: Martí Bonafé 1990: 149, fig. 13; Martínez Perona 1992: 269), pudiendo encontrar tanto fragmentos de factura descuidada como otros mejor elaborados e incluso decorados, como los hallados en la Cueva Santa, lo que, en ocasiones, podría relacionarse con el uso dilatado de algunas cuevas-santuario (González Alcalde 1993: 69 ss.).

La cerámica **a torno** es claramente la mejor representada. Cuantitativamente, el mayor número corresponde a vasos del tipo caliciforme, con un número mínimo de 44 ejemplares, uno de ellos decorado, cuyo hallazgo resulta muy frecuente en las cuevas-santuario ibéricas (Vega 1987; Serrano y Fernández 1992; González Alcalde 1993; Aparicio 1997; Moneo 2003: 300). También se han recuperado fragmentos pertenecientes a 16 páteras, además de 6 bases anilladas que pudieran corresponder tanto a caliciformes como a páteras, 5 platos de borde exvasado, uno con decoración pintada, 3 botellas

y 4 vasijas de cocina, tres de ellas completas, incluyendo 1 *lebes* y 2 ollas (Fig. 9).

Por último, hay que mencionar una pequeña mano de mortero en terracota que representa un ave y dos fragmentos de cerámica campaniense.

CALICIFORMES: Constituyen el grupo más numeroso documentado en la Cueva Santa. Destaca el conjunto de ocho piezas completas depositado en el Museo de Cuenca, dada su conservación (Fig. 10,3-11). Miden generalmente entre 5 y 10 cm de alto y presentan un diámetro máximo de entre 8 a 12 cm, ofreciendo cierta variabilidad en su índice de profundidad, que oscila entre 1,87 y 1,71, en las formas más achatadas, y de 1,27 a 1,18, en las más estilizadas. En general, son vasos con borde exvasado de labio simple o engrosado, cuello cóncavo o cilíndrico diferenciado y cuerpos de tendencia ovoide o globular. Las bases son variadas, planas o con cierta concavidad y anilladas. El tratamiento superficial suele ser espatulado, seguido, en ocasiones, de un bruñido. Con una única excepción, carecen de decoración. Estos vasos proceden de cocciones reductoras u oxidantes indistintamente, presentando pastas anaranjadas o grisáceas, lo que viene a coincidir con lo observado en otros yacimientos, como El Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia), donde estas formas se fabrican tanto en cerámica gris como clara, predominando las primeras, con tonos que varían desde el negro al gris claro, decorándose únicamente las de cocción oxidante (Bonet 1995: 413), o El Puntal dels Llops (Olcou, Valencia), donde la mayoría de los 164 ejemplares recuperados son oxidantes, con sólo 7 ejemplares grises o negros, teniendo en estos casos la superficie muy alisada y pulida (Bonet y Mata 2002: 135).

Morfológicamente, corresponden a varios de los subtipos encuadrados bajo el tipo general A.III.4 de Mata y Bonet (1992), clasificación que seguiremos principalmente.

Una mayor antigüedad presentan dos ejemplares de perfil en S, uno de base plana (Fig. 10, 3) y otro con ligera concavidad (Fig. 10,4), que corresponden al subtipo A.III.4.2 de Mata y Bonet (1992), caracterizado por su perfil continuo y forma achatada. Se documentan en el Ibérico Antiguo, como lo demostraría su presencia tanto en el poblado de El Oral (San Fulgencio, Alicante) (Sala 1995: 79 s., fig. 9, CL1-CL2) como en el Nivel III de Los Villares (Mata 1991: fig. 41, 3-5). Este tipo de vasos

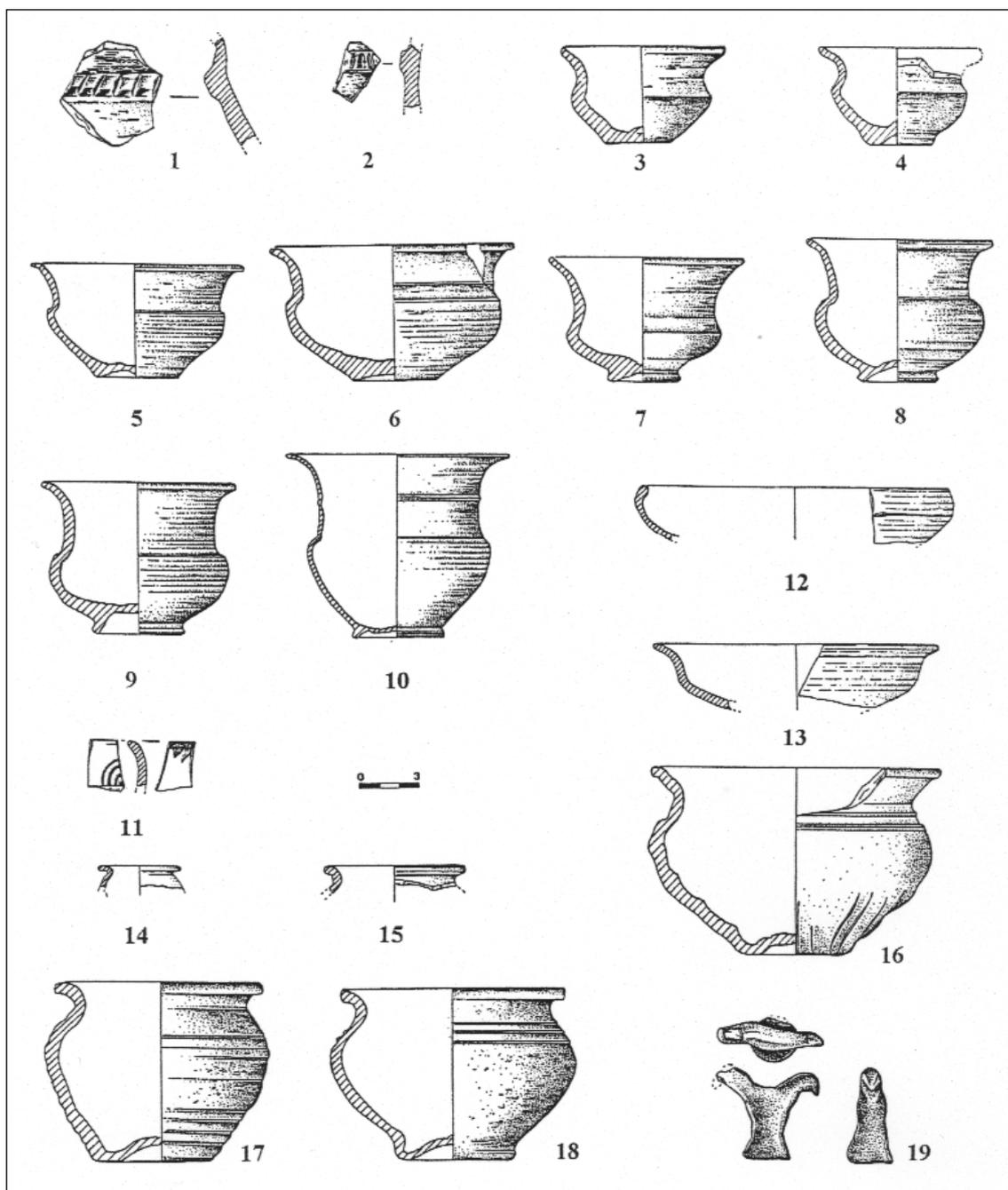


Figura 10.- Sala C. Materiales de la Edad del Hierro: 1-2, cerámica a mano. 3-18, cerámica a torno: 3-11, caliciformes; 12, pátera; 13, plato; 14-15, botellitas; 16, lebes; 17-18, ollas. 19. Maza de mortero.

aparecen abundantemente en la cercana Cueva II del Puntal del Horno Ciego (Villargordo del Cabriel, Valencia), cuyo contexto se ha situado entre fines del siglo VI y el V a.C. (Martí Bonafé 1990: 160), siendo el tipo mayoritariamente documentado, con 55 ejemplares (1990: cuadros 3-11). Recogemos,

además, dos piezas (Fig. 10, 5-6), que conservan algunos rasgos de las formas anteriores, como la base cóncava o su forma todavía achatada, aunque presentan otros que indican una evolución hacia la típica forma globular, como la tendencia cilíndrica del cuello, ya indicado, o la presencia de una care-

na, que se puede calificar como media. A pesar de ello, seguimos englobándolos en el subtipo A.III.4.2 de Mata y Bonet (1992), encontrando vasos muy similares en la Cueva II del Puntal del Horno Ciego (Martí Bonafé, 1990, n^{os} 7015, 7021, 7022 ó 7044, por ejemplo), así como en Cova Fosca (Ondara, Alicante), donde aparecieron junto a cerámica ática de barniz negro, datándose en el siglo IV a.C. (González Alcalde 2002-03: 63, fig. 2), cronología que queda corroborada por otro hallazgo similar realizado en la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), datado entre el 375-350 a.C. (García Cano 1997: 151 ss., forma 15.1).

Por otra parte, encontramos un único ejemplar (Fig. 10,7) que pertenece al subtipo de perfil carenado, A.III.4.3 de Bonet y Mata (1992), muy similar a otro hallado en la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho, datado en la segunda mitad del siglo IV a.C. (García Cano 1997: 151 ss., forma 15.2), documentándose, igualmente, un ejemplar en el Nivel IV de Los Villares, éste con decoración impresa (Mata 1991: 81, fig. 41,15), así como en la Cova Fosca (González Alcalde 2002-03: fig. 2, 1), habiéndose recogido en la Cueva II del Puntal del Horno Ciego unos 27 ejemplares (Martí Bonafé 1990: cuadros 3-11).

Aun así, el tipo más abundante y más generalizado durante los siglos IV/III a.C. es el subtipo A.III.4.1.2 de Bonet y Mata (1992), que corresponde al caliciforme de cuerpo globular de tamaño pequeño (Fig. 10,8-9), que tenderá a evolucionar hacia la estilización, al invertirse la relación entre el diámetro máximo de boca y la profundidad del vaso, evolución que queda representada por uno de estos ejemplares completo (Fig. 10,10), que llega a mostrar el menor índice de profundidad, tan sólo 1,18, y se caracterizará por una mayor proporción de cuello, adoptando un perfil de gran estilización, típico, según Aranegui y Pla (1981: 82), de momentos avanzados, ya del siglo II a.C.

Este vaso, elemento de ajuar mayoritario de algunas cuevas-santuario⁹, es igualmente una pieza muy abundante en ambientes domésticos, habiéndose documentado su presencia en algunos poblados del entorno de la Cueva Santa, como el de Cabeza Moya (Navarro y Sandoval 1984: fig. 41,554) o El Molón de Camporrobles (Valencia) (Lorrio 2001: fig. 4,8), destacando el número de hallazgos en otros, como en El Puntal dels Llops (Bonet y Mata 2002: 135), Castellet de Bernabé (Lliria, Valencia) (Guérin 2003:188 s.) o en El Tossal de Sant

Miquel (Bonet 1995: 413, fig. 211), asentamientos cuyos inicios se establecen entre finales del siglo V y principios del IV a.C., manteniéndose hasta inicios del siglo II a.C. (Bonet y Mata 2002: 213 ss.). Todo ello nos lleva a establecer que este tipo se desarrolla plenamente a partir del siglo IV a.C., siendo la principal forma documentada en el Nivel IV de Los Villares (Mata 1991: 81, fig. 41) así como en El Puntal (Salinas, Alicante) (Sala 1995: 161, fig. 24, CL1). Además, se encuentra formando parte de ajuares funerarios en las necrópolis conqueses de Las Madrigueras, en Carrascosa del Campo (Almagro-Gorbea 1969: fig. 38, 133), de donde procede un ejemplar de cerámica gris de la tumba XXXVII, fechada a mediados del siglo IV a.C., y Olmedilla de Alarcón, con una pieza pintada (Mena 1984: fig. 43, 149).

También se pudiera relacionar con el tipo de caliciforme un pequeño fragmento de borde exvasado, que presenta decoración pintada por ambas caras: al interior, una banda de la que surgen los característicos dientes de lobo, y, al exterior, círculos concéntricos (Fig. 10,11), recordando un ejemplar documentado en “la tienda del alfarero” del yacimiento ibérico de La Alcudia (Elche, Alicante) (Sala 1992: fig. 21, E-56), cuyo conjunto cerámico se encuadra en el momento de tránsito del siglo II al I a.C. (1992: 198).

PÁTERAS: Otro de los recipientes más numerosos entre el material recogido es la pátera, que corresponde al tipo A.III.8.2, variante 2 de la clasificación de Mata y Bonet (1992). Se trata de platos de borde entrante y tamaño pequeño, con un diámetro menor de 15 cm y mayor de 5. Suelen presentar el pie anillado, semejante al de los caliciformes, cocción oxidante y un tratamiento superficial alisado o espatulado, seguido, como en el tipo anterior, de bruñido (Fig. 10,12). Este recipiente se documenta desde el Ibérico Pleno, al resultar imitaciones de las formas 24, 25 y 21/25 de Lamboglia, aunque perdurará hasta época tardía (Sala 1995: 172 s.; Bonet y Mata 2002: 136; Guérin 2003: 192).

Así, este tipo aparece a partir de fines del siglo V a.C., documentándose entre el material de El Puntal (Sala 1995: 127, fig. 27, tipo P3), en territorio contestano, siendo durante la centuria siguiente cuando alcance un alto porcentaje frente a las páteras de mayor tamaño (1995: 231, gráfica 17). Finalmente, la presencia de estas pateritas entre el material de “la tienda del alfarero” de La Alcudia (Sala

1992: figs. 25 y 26), corrobora la perduración del tipo hasta época tardía.

En el yacimiento de Los Villares, solamente se conoce un ejemplar procedente del Nivel III (Mata 1991: fig. 47, 5), mientras que son abundantes en el Ibérico Pleno o Nivel IV (1991: fig. 48, 1-9). Así mismo, hay que señalar la presencia de una paterita, con decoración pintada, en la Cueva II del Puntal del Horno Ciego, procedente del Estrato II (Martí Bonafé 1990: fig. 8, nº 7083), lo cual nos corrobora, una vez más, la perduración durante los primeros momentos del Ibérico Pleno del uso de esta cavidad.

Algunos autores han señalado una posible asociación entre el caliciforme y las páteras en contextos culturales, entre los siglos IV y II a.C. (Martínez Perona 1992: 270), asociación, por otra parte, que es manifiesta tanto en El Castellet de Bernabé (Guérin 2003: Dpto. 2, fig. 37) como en El Puntal dels Llops (Bonet y Mata 2002: Dpto. 4, fig. 65), donde hay que destacar, sobre todo, la presencia de microvasos en el Departamento 14, estancia de claro ambiente doméstico y privado en la que se realizarían ceremonias de carácter religioso (2002: 87, fig. 99).

PLATOS DE BORDE EXVASADO: Se han hallado cinco platos, fragmentados en su parte inferior, con borde exvasado que se une al cuerpo, hemiesférico, por una marcada carena (Fig. 10,13). Corresponden al tipo A.III.8.1 de Mata y Bonet (1992), en su variante 2, de tamaño pequeño. Estos ejemplares presentan un tratamiento superficial espatulado, aunque suele ser frecuente que aparezcan pintados, como un fragmento, que podría relacionarse con este tipo y que ofrece, a modo de decoración, una banda de color castaño-vinoso. Este tipo de plato aparece ya en la fase del Ibérico Antiguo; así, se podría relacionar con ejemplares aparecidos en El Oral, aunque dentro de la categoría de cerámica gris (Sala 1995: fig. 10, tipo P3), o con algún otro documentado en El Castellet de Bernabé (Guérin 2003: 61, figs. 89-90), procedente de los niveles antiguos del poblado, fechados en la segunda mitad del siglo V a.C. (2003: 189). Igualmente, esta forma, aunque de manera escasa, se registra en el Nivel III de Los Villares (Mata 1991: fig. 43, 13-15), siendo más abundantes durante el Ibérico Pleno (1991: 83, fig. 46), frecuencia que se constata, del mismo modo, en El Puntal dels Llops, apareciendo asociados a las formas anteriormente analizadas (Bonet y Mata 2002: figs. 50, 66, 99). El tipo perdurará hasta época tar-

día, como atestigua el hallazgo de tipos similares entre el material de “la tienda del alfarero” de La Alcudia de Elche (Sala 1992: 104, fig. 57, tipo 2).

BOTELLITAS: Junto a los tipos anteriores, aparecen botellas de pequeño tamaño, que, funcionalmente, se han relacionado con actividades de aseo personal, religioso o funerario (Mata 1991: 93). Únicamente se han recogido dos pequeños fragmentos de boca, con borde exvasado y un corto cuello corto destacado o indicado, que presentan, como las producciones anteriores, una superficie engobada y cuidadosamente espatulada (Fig. 10,14-15). Corresponden al tipo A.IV.1 de Mata y Bonet (1992), aunque, dado su estado de conservación, desconocemos a qué variante se adscribirían, ya que pueden presentar tanto un perfil de tendencia globular como quebrado.

Este tipo de contenedor aparece en el yacimiento de Los Villares sólo en el Nivel IV (Mata 1991: fig. 49), siendo muy escaso tanto en El Castellet de Bernabé (Guérin 2003: figs. 25 y 86) como en El Puntal dels Llops (Bonet y Mata 2002: fig. 64). Esta misma tónica se repite en El Tossal de Sant Miquel, donde destacamos dos piezas en el departamento 15 (Bonet 1995: 108, fig. 41), a las que se sumaría algún otro hallazgo (1995: fig. 21, 99-D.6; fig. 78, 2378-D.40; fig. 114, 2378-D.102; fig. 132, 0315-D118).

CERÁMICA DE COCINA: Dentro de esta categoría cabe incluir un *lebes* y dos ollas.

Entre el material depositado en el Museo de Cuenca encontramos una pieza que parece responder a un tipo de *lebes* de mediano tamaño, sin pie, de producción oxidante, con tratamiento superficial engobado en la parte superior, mientras que la inferior muestra un alisado realizado por un objeto punzante que ha dejado huellas visibles en su zona inferior (Fig. 10,16). Corresponde al tipo A.II.6.2 de Mata y Bonet (1992), resultando muy similar a algún ejemplar documentado en el Nivel IV de Los Villares (Mata 1991: fig. 36). En realidad, aunque el *lebes* es una forma de amplia cronología, como atestigua su documentación en el poblado de El Oral (Sala 1995: fig.7), será durante el siglo IV a.C. un tipo muy abundante (1995: 159, fig. 23), apareciendo en estos momentos, por primera vez, el realizado en cerámica tosca, como se constata en El Puntal (1995: 177, fig. 28, tipo L2), producción en la que podría encuadrarse nuestro ejemplar, muy

similar, por otra parte, a éste. Esta variante de *lebes* resulta una forma poco representada en los yacimientos edetanos encuadrados en el Ibérico Pleno, donde predominan los ejemplares provistos de pie (Bonet 1995: 411; Bonet y Mata 2002: 131 s.; Guérin 2003: 185).

La Colección conservada en el Museo de Cuenca incluye, además, dos ejemplares de cerámica tosca, correspondientes a ollas de cocina (Bonet y Mata 1992: tipo B.I.2). Muestran bordes exvasados y cuerpo de tendencia globular, además de un tamaño mediano (Fig. 10,17-18). Se caracterizan por presentar una pasta tosca con desgrasante grueso que les proporciona un aspecto poroso, pues sus superficies apenas aparecen alisadas.

Este tipo se conoce desde el Ibérico Antiguo, aunque resulta muy escaso con una mayor frecuencia a partir del siglo IV a.C. (Sala 1995: 177, fig. 29). Este hecho se comprueba en Los Villares, donde se documentaron algunos ejemplares en el Nivel III, siendo muy abundantes ya en el Ibérico Pleno (Mata 1991: 103, figs. 58 y 59), al igual que en El Puntal dels Llops o en El Tossal de Sant Miquel (Bonet 1995: 431; Bonet y Mata 2002: 141 s.).

Por otra parte, aunque no es un hallazgo habitual en las cuevas-santuario, se puede citar un importante conjunto en la Cova dels Pilars (Agres, Alicante), donde se relacionan con su utilización como recipientes de almacenamiento (Grau 1996: 92), encontrando, igualmente, algún ejemplar en la Cueva II del Puntal del Horno Ciego (Martí Bonafé 1990: figs. 4 y 12).

MANO DE MORTERO: Se trata de una pieza maciza de arcilla, con dos apéndices, tipo A.V.2 de Mata y Bonet (1992). Presenta la base amplia y achatada, dividiéndose el vástago central en dos brazos o apéndices, que, en este caso, adoptan forma de ave (Fig. 10,19). Hay que mencionar un ejemplar muy similar en las necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho; es una macita con apéndices rematados en prótomos de aves aparecida en la tumba 63 de la necrópolis del Poblado, que se fechó en la primera mitad del siglo III a.C. (García Cano 1997: fig. 84, nº 5649). El hallazgo de este tipo, aunque remite claramente a cronologías encuadradas en el Ibérico Pleno, no es muy frecuente en los asentamientos analizados, donde encontramos apenas uno o dos ejemplares (Guérin 2003: fig. 41, 83; Bonet y Mata 2002: fig. 58, 3054; fig. 85, 8024; Mata 1991: 95, fig. 51, 9), número que se eleva ligeramente en El

Tossal de Sant Miquel (Bonet 1995, fig. 18, 187-D. 4; fig. 69, 0386-D.25; fig. 80, 184-D.41; fig. 130, 5508-D.116).

CERÁMICA CAMPANIENSE: A pesar de que el siglo III a.C. está ampliamente representado por el material ibérico documentado en esta Cueva, no es lo mismo en lo que se refiere a las importaciones. Tan sólo se han recogido dos fragmentos de campaniense del tipo A, aunque la fragmentación de ambas piezas, una de ellas es un fondo que presenta el pie roto (Fig. 11,1), dificulta precisar tanto su forma concreta, como su clara adscripción cronológica, que se encuadra en la general de esta producción, es decir entre el siglo III y el I a.C. No obstante, el hallazgo de este tipo de cerámica, que nos facilitaría la interpretación del uso de estos lugares durante esos momentos, es muy escaso, documentándose en alguna cueva-santuario, como en las cercanas de los Mancebones o Cerro Hueco (Requena) (vid. González Alcalde 1993: 69 ss.; Moneo 2003: 187).

3. En cuanto a la presencia de material de **época romana**, se han recogido dos fragmentos de cerámica de paredes finas. Se trata de la parte inferior de un cubilete que presenta un fondo ligeramente cóncavo y paredes de tendencia rectilínea, y de un pequeño fragmento de galbo, ligeramente curvo, decorado con tres puntos en relieve, ambos productos de cocciones reductoras y con un tratamiento superficial externo engobado (Fig. 11,2-3). A pesar de las características similares que ofrecen ambos

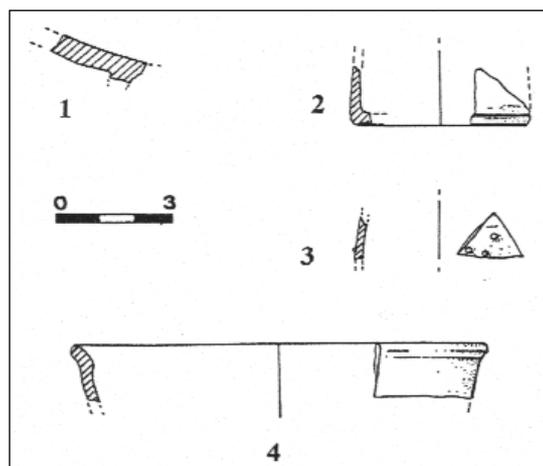


Figura 11.- Sala C. Cerámica de importación: 1, Campaniense A; 2-3, Paredes finas; 4, *Terra sigillata* africana A.

fragmentos, no podemos descartar que se trate de dos vasos distintos, ya que el fragmento de base parece corresponder a la forma XIV de Mayet (1975: 52, n^o 172-176), que engloba vasos cilíndricos, lisos, de paredes verticales y fondo plano, encuadrados en época augustea. La falta de ejemplares, correspondientes a este tipo, decorados nos lleva a plantear que el otro fragmento perteneciera a un vaso distinto, aunque de tipología incierta, ya que decoraciones a la barbotina aparecen sobre variadas formas, cubriendo una amplia cronología. En primer lugar, la forma I de Mayet (1975: 24 s.), que reúne vasos fusiformes, suele aparecer decorada con pequeñas perlas apenas en relieve, datándose entre el 150/25 a.C.; posteriormente, también en época augustea, volvemos a encontrar vasos decorados con pequeñas perlas dispuestas formando espirales (1975: 57, forma XXII, n^o 199), para ser muy frecuente en vasos encuadrados entre época de Tiberio hasta los flavios, que corresponden a la forma XXXVII (1975: 73).

Además, hay que señalar el hallazgo de un pequeño borde de *terra sigillata* africana del tipo A (Fig. 11,4), correspondiente al tipo Hayes 14b, fechado entre el 150/200 d.C. (Py 1993: 172).

4. Procedentes de recogidas superficiales, se han documentado diversos fragmentos, siete en total, que se pueden relacionar con el uso de la cavidad durante **época islámica**. Todos ellos se han recuperado

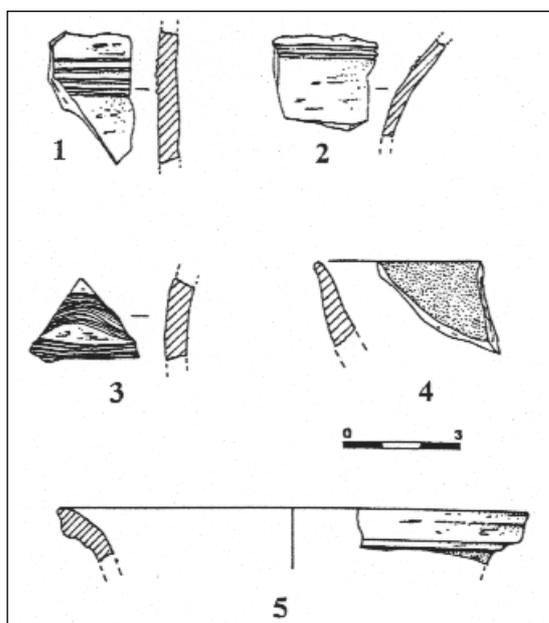


Figura 12.- Sala C. Cerámicas islámicas.

rado en la Sala C, distribuidos por su zona oriental. Son pequeños fragmentos de cerámica común, productos de cocciones reductoras, de apariencia muy tosca, con superficies apenas alisadas que les confiere un aspecto poroso. Hay que destacar, junto a la boca de una jarra, un pequeño fragmento de un borde de jofaina, cuyo interior aparece recubierto por un barniz monocromo de color verde, así como otro pequeño borde con decoración pintada en óxido de hierro, y varios fragmentos informes de cerámica de cocina con decoración acanalada o incisa (Fig. 12), constituyendo un lote cerámico que puede encuadrarse en un periodo comprendido entre los siglos IX /XII d.C.

Es interesante resaltar la presencia de fragmentos con decoración acanalada (Fig. 12,1-2), que parecen corresponder a las conocidas como “ollas valencianas” (Bazzana 1986: 93 ss.), tipo muy bien documentado en diversos yacimientos de la zona, como en El Molón, donde se ha identificado un asentamiento islámico encuadrado entre la segunda mitad del siglo VIII e inicios del X d.C. (Lorrio y Sánchez de Prado 2004: 161 ss., fig. 8), pudiendo, también, citar su hallazgo en una cueva de ganado localizada en el lugar de Tejada la Vieja (Garaballa, Cuenca) (Martínez 2002: 25 s.). En cuanto al fragmento con decoración peinada (Fig. 12,3), es difícil precisar su encuadre cronológico, al tratarse de motivos decorativos que habitualmente combinan trazos ondulados múltiples con otros rectos, de amplia cronología, pues se documentan desde la tardoantigüedad y durante época islámica, y que encontramos realizados sobre recipientes de variada tipología (Bazzana 1984: 335, fig. 52; Gutiérrez 1996: 156 s.). A pesar de ello, podemos indicar el hallazgo, en el poblado de El Molón, de recipientes de cocina con decoraciones incisas basadas en motivos múltiples realizados con un peine, que produce surcos de mayor o menor profundidad (*vid.* Martínez 1992: 10). Una cronología más avanzada presentarían las técnicas de decoración pintada con óxido de hierro o el baño de barniz del fragmento de jofaina (Fig. 12,4), técnicas que comienzan a finales del siglo X, desarrollándose plenamente en el XI d.C. (Bazzana 1984: 333); por último, el fragmento de jarra (Fig. 12,5) no proporciona datos cronológicos claros, al ser un tipo de larga perduración formal (Roselló 1978: 38).

5. A partir del siglo XIV se constata una nueva fase de uso de la cavidad, que vendría corroborada

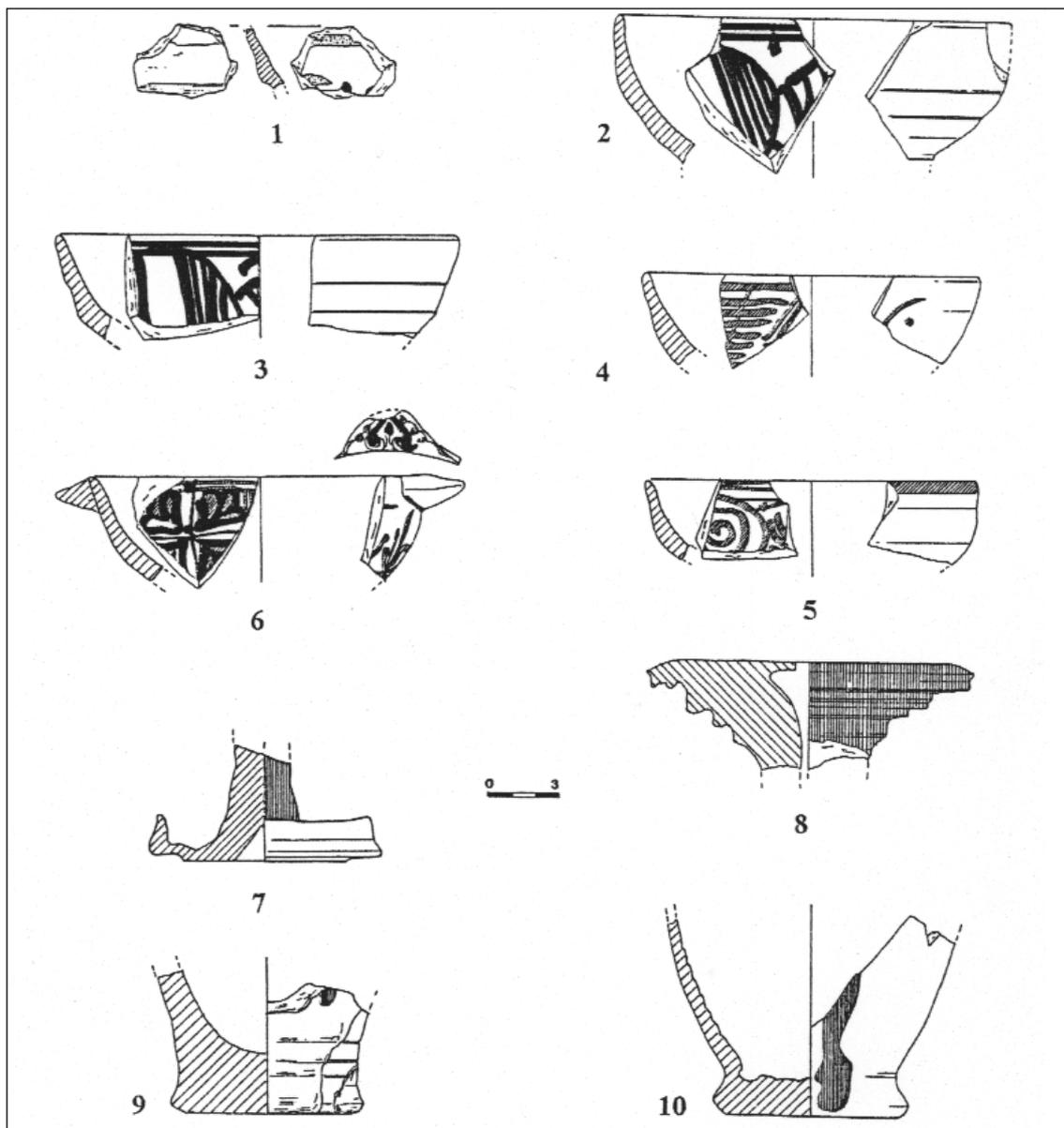


Figura 13.- Sala C. Cerámicas de época cristiana.

por el hallazgo de un importante y homogéneo lote cerámico que corresponde a producciones lujosas de los talleres Paterna-Manises, correspondiendo a escudillas con cubierta estannífera blanca, total o parcial. En primer lugar, encuadrándose entre fines del XIII y principios de la centuria siguiente, hay que citar algún fragmento, aunque muy deteriorado, decorado, al interior, en verde-manganeso (Fig. 13,1). Además, ya en mayor número y con una mejor conservación encontramos una serie de escudillas decoradas en azul al interior (Fig. 13,2-3), sien-

do un tipo de producción que tiene sus inicios a comienzos del siglo XIV y que evolucionará hasta alcanzar la etapa clásica durante la segunda mitad del XIV y primera del XV. En algunas de ellas encontramos decoraciones de medias hojas, que suelen disponerse radialmente, siendo un motivo adoptado, desde las primeras producciones (Mesquida 2002: láms. 6 y 7), de otros procedentes de aquellas cerámicas pintadas en azul y dorado, y que seguirá empleándose con éxito hasta la primera mitad del siglo XV, cuando a las medias hojas se añaden tra-

zos complementarios que acentúan el efecto de rotación (2002: láms. 26-28).

Encontramos, también, escudillas, con o sin orejetas, igualmente con cubierta estannífera, pero en este caso con decoración de reflejo metálico o incluso combinando la decoración azul y el reflejo. En cuanto a las primeras, presentan simples motivos geométricos combinados con temas vegetales, como tallos formando roleos (Fig. 13,4-5), motivos que caracterizarán esta producción hasta los tres primeros cuartos del siglo XV (Martínez Cavero 1982: 110 ss.). Por otra parte, las que tienen decoración de azul y reflejo, presentan fundamentalmente el motivo decorativo conocido como “rosa gótica” (Fig. 13,6), fechado en el tercer cuarto del siglo XV, apareciendo pintadas en azul cobalto o en cobalto y oro, mezclándose con otros motivos (1982: 142 s.). Es una producción documentada tanto en Manises como en Paterna, donde aparecen escudillas similares fechadas entre la segunda mitad del XV y primera mitad del XVI (Mesquida 2001a: 81, ficha 111).

Junto a estas producciones es interesante destacar el hallazgo de un candil de pie alto (Fig. 13,7). Se conserva el platillo inferior, de base plana con cavidad cónica, con señales de quemado, y parte del vástago o peana que sustentaría la cazoleta, actualmente perdida. Presenta vidriado en melado. Corresponde a la Serie 6.1 de Roselló (1978: 48 ss.), siendo un tipo que se fecha a partir del siglo XIII, destacando piezas muy similares en Valencia durante el siglo XIV (Pascual y Martí 1987: 608, lám II, 16). Además, encontramos un fragmento de perfil moldurado que podría corresponder a parte de una lámpara (Fig. 13,8); aparece vidriada en melado al exterior, conservando restos de quemado en la superficie plana. Se trata de piezas formadas por un pie de paredes inclinadas convergentes, un vástago con varios cuerpos y un platito superior, que serviría de soporte para un candil o cirio (Pascual y Martí 1987: 602, Serie H; Mesquida 2001b: 130).

También cabe citar la presencia de recipientes de cerámica común con goterones de vidriado melado al exterior, que podrían corresponder a la base de un mortero (Fig. 13,9), serie 13 de Roselló (1978: 74 ss.), así como a una aceitera (Fig. 13,10), serie 4 de Roselló (1978: 40 ss.), siendo ejemplares muy bien representados entre la cerámica de Valencia durante el siglo XIV (Pascual y Martí 1987:604, lám II, nº 8-9 y 11-13).

De la Sala A proceden un conjunto de monedas de los reinados de Enrique IV, los Reyes Católicos, Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y del Gobierno Provisional, pudiéndose observar una mayor concentración en torno a los siglos XV a XVII (con 3, 6 y 5 ejemplares), faltando piezas del XVIII y con sólo 3 ejemplares del siglo XIX.

5. Fuentes literarias y etnográficas

5.1. Fuentes literarias y cartográficas

Los documentos literarios y cartográficos conservados sobre la Cueva Santa de Mira permiten establecer una aproximación al conocimiento de este santuario, principalmente desde el siglo XVI, aunque, dado el escaso interés de las autoridades civiles y eclesiásticas, no es mucha la documentación escrita sobre el lugar. Estos datos proceden, en su mayor parte, de las visitas pastorales y del libro de cuentas de esta ermita, que se conserva en la parroquia de Mira (Moya 1998: 140 ss.).

En efecto, la documentación más antigua que se conoce en la actualidad sobre este santuario corresponde al año 1583. Se trata de una visita pastoral a la Villa de Mira donde, en un listado de ermitas, aparece citada la Cueva Santa. Mayor información se tiene del siglo XVIII, a partir de las visitas pastorales, en las que lamentablemente no se describe en detalle el santuario, limitándose a señalar los mayordomos existentes y las limosnas ofrecidas (1998: 140 ss.). De tal información parece desprenderse una cierta precariedad relativa al mantenimiento de la ermita, destacando las escasas limosnas y la poca gente que pasaba por allí de forma habitual. Por su situación y lejanía, no fue una ermita por la que las autoridades eclesiásticas mostraran un gran interés, sin que se plantearan mejoras de instalaciones o de acceso, siendo la más destacada la sustitución, en 1708, de la antigua imagen de culto por otra más moderna.

Fechado en 1787, se conserva, en la Biblioteca Nacional (Mss. 7298), un documento remitido por el párroco de Mira, D. Francisco Xavier Cañizares, a D. Tomás López de Vargas Machuca, geógrafo y cartógrafo de Carlos III, para el proyecto de Diccionario Geográfico español, en el que se da información sobre la ermita, datos que serían tenidos en consideración por el propio Tomás López a la hora de representar topográficamente la Cueva Santa

como una ermita, en su mapa *Regni Valentiae Tabula*:

“... un santuario intitulado Ntra. Señora de la Cueva Santa al medio día de esta villa y dos leguas y media distante de ella, donde es tradición que se apareció una imagen de María Santísima poco después de la expulsión de los moros, aunque no hay escrito alguno que los compruebe; es célebre por la mucha devoción que le tienen estos circunvecinos pueblos, que concurren en procesión a visitarlo en sus determinados días y fuera de ellos a cumplir sus votos y novenas con otros bien distantes. Está en una montaña áspera a las caídas del río Cabriel en un alto peñasco, cuya entrada, que está al pie de la peña hacia el poniente, tendrá de ocho a diez varas de longitud, cinco palmos de alta y una vara de ancha, en piedra viva; pero dentro hay una grande cueva en cuyo centro está el altar con una imagen de Ntra. Señora, donde se dice misa, con la singularidad de que el agua que está destilando continuamente se convierte en una piedra muy dura de que están cubiertas todas sus paredes y formados muchos hermosos pilares que parecen estar hechos para sustentarla de la que a porfía evitan a fuerza de golpes y llevan todos por devoción, imita el mármol con la diferencia de estar algo parda”.

En el siglo XIX los documentos que aluden al santuario de la Cueva Santa son más escasos, ya que se reducen prácticamente a la descripción de la cavidad dada por Pascual Madoz en su diccionario de 1848. En esta noticia, la mayor novedad la constituye la alusión a dos habitaciones para el ermitaño y los que van de romería, así como la existencia de dos altares. El primero de ellos realizado en yeso y situado en el centro de la sala principal entre dos estalactitas y el segundo, a su izquierda, en una formación rocosa y dedicado a San Marcos. También alude a la existencia de una segunda cueva más pequeña en el interior de esta cavidad, a la que nadie se ha atrevido a entrar, y en la que es necesaria la luz artificial para ver los objetos que contiene; así como a la costumbre del ermitaño de labrar algunas columnas para dirigir sobre ellas el agua filtrada.

Del siglo XX se tienen las descripciones de la cavidad que aparecen en la Enciclopedia Ilustrada Espasa de 1913, donde se menciona que en su interior se venera la imagen de la Virgen. Por su parte, en las ediciones de esta misma Enciclopedia de

1918 y 1932 se recoge la presencia de dos altares, pero no se dice que esté la imagen de la Virgen. Por último, Pérez Ramírez (1995) incluye a la Cueva Santa entre los “Santuarios Marianos de Castilla-La Mancha, diócesis de Cuenca”.

5.2. Fuentes etnográficas

Un tema íntimamente ligado a la naturaleza sacra de la Cueva Santa lo constituyen las creencias populares sobre el carácter mágico de ciertos elementos naturales procedentes del interior de la misma, como son los fragmentos de estalactitas y estalagmitas, o el agua, a la que se ha atribuido un poder sanador (Moya 1998: 63 s.).

Ya desde el siglo XVIII se documenta la costumbre generalizada por parte de los peregrinos y fieles de llevarse parte de estas formaciones geológicas, pues se consideraba que las piedras tenían una función protectora contra las enfermedades, hechizos y malos espíritus, o contra las tormentas, malos “nulaos” y sus manifestaciones, como pedriscos o rayos. De esta forma, las piedras se guardaban en el interior de la casa y/o se colocaban en las ventanas, balcones y puerta de la vivienda mientras duraba la tormenta (1998: 61).

En relación al agua procedente del interior de la cueva, tradicionalmente se ha considerado que poseía un poder salutarífico o mágico, habiéndose ligado el contenido de sus cubetas con un fin sanador, como son la curación de las enfermedades de los ojos o de las heridas, sin olvidar su carácter bendito, por lo que era costumbre santiguarse con ella al entrar a la Cueva (1998: 63). Además, existía la costumbre de lavar o proceder a la inmersión de los niños en los estanques para sanarlos de las enfermedades comunes, de hernias y torceduras, o bien como promesa de la madre ante una razón particular, lo que se ha relacionado con ritos de fertilidad (1998: 63 s.).

Este carácter sanador de la Virgen de la Cueva Santa también queda puesto de manifiesto a través de sucesos que han dado lugar a leyendas milagrosas (1998: 87). Incluso, esta cavidad se ha relacionado con ritos agrarios de propiciación de las lluvias, como evidencian las procesiones y visitas colectivas a la cavidad en época de sequía, así como los Mayos dedicados a la Virgen de la Cueva, pues se ha considerado como protectora de los campos y del ganado (1998: 64).

6. La II Edad del Hierro: la cueva como lugar de culto

La documentación etnográfica, literaria y cartográfica, junto al hallazgo de materiales arqueológicos procedentes del interior de la cavidad, permite interpretar la Cueva Santa como una cueva-santuario con una larga perduración de uso, que se remontaría, al menos, a la II Edad del Hierro, retomándose como lugar de culto a partir de la Baja Edad Media para mantenerse, sin solución de continuidad, hasta nuestros días.

La Cueva debió utilizarse como lugar de enterramiento durante una época que cabe situar entre un momento avanzado del Calcolítico y el Bronce Pleno, aunque pudo seguir siendo frecuentada de forma esporádica hasta el inicio de la Edad del Hierro. No obstante, será durante el Ibérico Pleno, es decir entre fines del siglo V o inicios del IV, hasta el siglo II a.C., cuando la cavidad adquiera el sentido de santuario. Ello viene sustentado por un conjunto de materiales (Fig. 10), entre los que hay que destacar una importante presencia de vasos caliciformes de variadas formas, desde los achatados característicos de los siglos VI-V a.C. hasta otros que, desde perfiles más globulares y dotados de pies anillados, van a ir evolucionando, a partir del siglo IV, hacia variantes más estilizadas, características ya de momentos más avanzados. Además, asociadas a ellos, encontramos pequeñas páteras, platitos y botellitas, es decir, un conjunto de microvasos muy frecuentes en espacios sacros. Son recipientes que pudieron contener ofrendas o haber constituido, ellos mismos, la ofrenda votiva y que, posteriormente, hubieran variado su funcionalidad primaria, ya que de forma reiterada se señala una posible utilización, sobre todo, de los caliciformes, e incluso de las páteras, como recipientes destinados a la iluminación, dada la presencia de pequeños agujeros junto al borde, que servirían para su suspensión, así como, en ocasiones, señales de haber estado sometidos a la acción del fuego, lo que no puede determinarse con claridad en nuestros ejemplares, lamentablemente muy fragmentados. Junto a este lote, muy homogéneo en sus características formales, encontramos cerámica de cocina, quizás utilizada como vasos de almacenamiento, así como, por otra parte, una maza de mortero con apéndices zoomorfos, en forma de cabeza de paloma, ave tradicionalmente identificada con una divinidad femenina (Olmos 1989).

El uso de la Cueva como santuario podría haber-

se prolongado durante el siglo II a.C., dada la presencia de cerámica campaniense del tipo A (Fig. 11,1) y de los tipos más evolucionados de caliciformes (Fig. 10,10).

6.1. Ritos y divinidades

En época ibérica, el carácter sacro de esta cavidad queda evidenciado por su ubicación topográfica en un lugar de difícil acceso, como es un barranco, y su orientación al ocaso; así como por la presencia de cubetas para recoger el agua y de dos grandes estalactitas a modo de betilos en la sala central, espacio que pudo funcionar como el *sanc-ta sanctorum* propiamente dicho.

Además, el hallazgo en el interior de la cavidad de materiales arqueológicos, en su mayoría vasos caliciformes que aparecieron depositados en la sala más profunda, tal vez a modo de posible *favissa*, permite comparar esta oquedad con otras cuevas-santuario ibéricas, que funcionalmente se han vinculado con el desarrollo de ritos de purificación y de paso de clases de edad (Moneo 2003: 386 ss.).

Este tipo de cueva-santuario aparece bien documentado en época ibérica, extendiéndose desde el noreste hasta la Alta Andalucía, pero penetrando en Badajoz (2003: 299 ss.). Es frecuente su localización en lugares de difícil acceso, como barrancos, estando formadas por una o varias salas en las que son frecuentes los procesos de meteorización hídrica que dan lugar a la aparición de formaciones cársicas, estalactitas y estalagmitas, a menudo emplazadas junto a balsas, lagos y gours. También, en ocasiones, pueden aparecer estructuras de carácter sacro, como un betilo asociado a un altar en la cueva de la Cocina, Valencia (Pericot 1945).

En el interior de estas cavidades, los materiales arqueológicos aparecen depositados tanto en lagos y gours como en los huecos de las estalactitas, entre los intersticios de las rocas y/o en los recodos que forman las paredes. Se trata, por lo general, de vasos caliciformes, la mayoría intencionalmente rotos siguiendo algún ritual, aunque también es frecuente el hallazgo de fragmentos de cerámicas áticas, *kylikes* y *skyphoi*, e ibéricas, como páteras, platos, cuencos, *oenochoi*, ánforas, tapaderas y ollas, a las que se ha atribuido un uso sacro como contenedores de ofrendas. En ocasiones también aparecen exvotos de bronce y terracota que representan figuras humanas y animales, elementos de adorno, además de restos óseos de animales, ovicápridos y

lechones fundamentalmente, que se han relacionado con el desarrollo de banquetes rituales, con los que también se ha querido vincular la presencia de ollas y cerámica de cocina (*vid.* Moneo 2003: 377 ss.).

A este tipo corresponderían, entre otros, los casos de la Olla o del Sumoi, en Tarragona (Vega 1987), el Murciélagos, en Castellón (Palomar 1986), la Cocina, Noguera (Aparicio *et al.* 1983a; Aparicio 1997; Serrano y Fernández 1992: 23 s.), Merinel (Martínez Perona 1992), el Barranc dels Llops (Aparicio *et al.* 1983; Serrano y Fernández 1992: 23), Barranco Fondo (Gil-Mascarell 1975: 291 ss.), la Sima del Infierno, las Palomas y la Cueva Santa de Enguera, en Valencia (1975: 309; Serrano y Fernández 1992: 20), Els Pilars (Grau 1996, 2000), la Cueva del Moro (Grau 2000) y la Pinta, en Alicante (Gil-Mascarell 1975), o los Hermanillos, en Murcia (Hernández Carrión y Gil 1997).

Los ritos de iniciación vinculados a cuevas cuentan con una tradición muy antigua, habiéndose relacionado con las fraternías de jóvenes guerreros de origen indoeuropeo cuyo sustrato caracteriza a las zonas septentrional y occidental de la Península Ibérica (Almagro-Gorbea 1996b). De esta zona procede la documentación más antigua de este tipo de prácticas, como evidencia el hallazgo de depósitos votivos de armas de inicios o mediados de la Edad del Bronce en cuevas del Norte, como en Cuevasulla, Ogarrio y Entrambasaguas, en Santander, y Tucela, Forcas, en Orense (Almagro-Gorbea 1996b: 46), los más tardíos del Bronce Final de Pontons, La Roca del Frare, La Llacuna, en Barcelona (Masach 1975: fig. 5) y la Font Mayor, en Tarragona (Vilaseca 1969), así como calderos encontrados en las cuevas Lóbreaga y Cabárceno, en Santander, y Lois, en León (Schubart 1961), y la tradición de las “pedras formosas” o saunas castreñas relacionados con ritos iniciáticos del Noroeste peninsular (Almagro-Gorbea y Moltó 1992; Almagro-Gorbea y Álvarez-Sanchís 1993; Almagro-Gorbea 1994). Pero, también en el Suroeste, la referencia de Justino (44,4,1) a los *curètes* evidenciaría la existencia de fraternías iniciáticas de guerreros que vivían al margen de la sociedad y que según dicho relato mítico habrían sido los primeros habitantes del *saltus Tartessorum* antes de que Habis llegara a ser el primer rey ordenador de *Tartessos* (Bermejo 1982: 73; Almagro-Gorbea 1996a: 50 s.).

De esta forma, se puede plantear que estos ritos de iniciación en cueva pasaron, aunque no sin cambios, al mundo ibérico, donde se desarrollarían fun-

damentalmente desde el siglo V-IV a.C., momento en que la anterior monarquía sacra fue sustituida por otra heroica de carácter guerrero, más afín a estos ritos (Moneo 2001, 2003: 301). Incluso, cabe suponer que estas cavidades en el proceso de incipiente jerarquización del territorio sirviesen de centro aglutinador y gravitacional funcionando como lugar de atracción y de culto colectivo de los poblados de alrededor, aspecto éste que, como veremos, pudo haber sido el caso de la Cueva Santa. También estos ritos pudieron complementarse y derivaron hacia otros relacionados con la *sannatio* y con rituales agrario-pastoriles que habría que relacionar con la extensión de la agricultura, cuya práctica ha llegado hasta la actualidad.

Estos ritos de iniciación en cueva ofrecen conocidos paralelos protohistóricos y en el mundo clásico documentándose entre diversos pueblos de tradición indoeuropea como los hititas (Jacob-Rost 1966), germánicos (Höfler 1973), celtas (Dumézil 1942) y balto-eslavos (Ridley 1976), así como en el Mediterráneo Oriental, en el Sur de Francia y el Egeo, en Creta, y entre algunos pueblos itálicos.

En el Sur de Francia, en la última fase del Bronce Final, y principalmente a fines de la Edad del Hierro, empiezan a documentarse cuevas con formaciones cársticas, estalactitas, estalagmitas y gours, asociadas a la deposición de materiales sacros y votivos. Un ejemplo lo constituye la cueva de Balme-Rouge, en Cesseras, Hérault, donde, próxima a una estalactita rodeada de gours, se hallaron cerámicas, algunas de ellas con restos de huellas de telas en sus concreciones como si hubiesen sido recubiertos de este material antes de su ofrenda (Rancoule *et al.* 1985: 120, 148), además de un broche de cinturón, fíbulas y restos óseos de animales, ovejas y cabras fundamentalmente, que serían ofrecidos a la divinidad (1985: 148). También en la Cueva de las Hadas, en Montpeyroux, en las proximidades de una estalactita y un flujo de agua se encontraron diversos materiales. Estos consisten en cerámicas a mano de fines de la Edad del Bronce y, especialmente, cerámicas campanienses, páteras recortadas en su base, pequeños vasos, *oenochoi*, fíbulas y monedas depositadas sobre fondos de vasos que habían sido cuidadosamente recortados y puestos boca abajo (García 1993: 55).

En el Mediterráneo, en el Egeo, este tipo de cuevas relacionadas con ritos iniciáticos se documenta en Creta desde época prepalacial (Faure 1964: 196; Rutkowski 1972: 121 ss.). Tal es el caso de la cue-

va de Eileithyia de Amnisos, cuyo interior ofrece una estalagmita rodeada de un murete de piedras que se ha interpretado como una estatua natural de culto o betilo (Faure 1964: 84), junto a diversas cubetas o gours rellenos de agua. En esta cavidad los materiales votivos, como cerámicas, aparecieron depositados en el interior de una sala más pequeña a la que se llegaba desde la sala principal (1964: 85). La cueva de Lera, en Akrotiri, presenta cinco salas con abundante formación cárstica de entre las que destaca una, con 3 estalactitas, que constituiría el santuario propiamente dicho. En el interior de esta cavidad, los materiales fueron depositados en torno a un lago o lanzados en una zona de difícil acceso (1964: 141).

También la cueva de Hermes, en Melidoni, estaba constituida por dos salas con filtraciones de agua, una balsa, y formaciones estalagmíticas que parecen representar figuras humanas, que se han relacionado con el culto a *Hermes* y *Maia*, quienes recibirían libaciones y sacrificios (1964: 135). El nombre de esta cueva evidencia, por sí misma, su vinculación con el dios *Hermes*, habiéndose considerado éste una divinidad ctónica asociada a la cría del ganado y a la formación de jóvenes en la palestra y a ritos de iniciación de fraternidades originariamente guerreras (Combet-Farnoux 1980: 140 ss.).

Otro ejemplo lo constituye la cueva de la Osa, en Akrotiri, que consta de dos salas. En una de ellas se documenta, en el centro, una estalagmita con forma de oso y una cubeta de agua. En su interior se hallaron vasos pintados, una figura femenina desnuda, pequeñas cabezas de terracota interpretadas como representaciones de la diosa *Artemis* (Faure 1964: 45 s., figs. 4 y 5) y dos placas de terracota de *Apolo* y *Artemis* cazadora acompañada de una cierva (1964: 145), divinidades ambas relacionadas con los ritos iniciáticos de clases de edad (Dowden 1989; Bierl 1994: 81 ss.).

También la cueva de Diktè o de Ida se ha considerado como lugar de nacimiento, cría, muerte, sepelio y resurrección de *Zeus* (Calímaco, *Himno a Zeus* 6, 46-47; Apolonio de Rodas II, 1236-1237; III, 134; Hesiodo, *Teogonía* 483-484, Porfirio, *Vida de Pitágoras* 17), además de sede de la fraternidad de los *curètes*, estando vinculada a los ritos iniciáticos de clases de edad (Faure 1964: 120 ss.). Consta de dos ambientes principales. Uno, al exterior, donde se situaron grandes bloques interpretados como soportes de estatuas o trípodes (1964: 100), y un altar rectangular, en torno al que se hallaron exvotos y

restos óseos de animales, depositados en las fisuras de la roca. El segundo ambiente lo constituye la propia cueva. En su interior, un posible *temenos* y un altar de cenizas donde se llevaron a cabo los sacrificios y se arrojaron las ofrendas (1964: 104, 107).

En el mundo itálico, en Etruria, cuevas-santuario asociadas a ritos de paso se documentan al menos desde la Edad del Bronce, si no antes, en época neolítica (Edlund 1987: 49). Su existencia queda justificada por la presencia de fraternidades de hombres guerreros, como los *lupercales* (Alföldi 1974: 86 s.; Ulf 1982) o los *Hirpi Soriani* (Virgilio, *Eneida* 11,785-788; Servio, *Ad Aeneida* 11,785; Plinio, *Historia Natural* 7,19), aunque estas prácticas se asocian, igualmente, a los dispositivos documentados en el interior de las cuevas, como cubetas, lagos o manantiales. Gran interés ofrece la cueva del Luperical, situada bajo la pendiente occidental del Palatino, principal núcleo originario de la ciudad de Roma (Dumézil 1987: 28). Esta cueva se encontraba asociada a una fuente y era considerada de carácter cósmico y ctónico por ser entrada al Más Allá, lo que explica su relación con fraternidades guerreras asociadas al lobo, los *luperci* o *lupercales* (Blázquez 1977: 143 s.). También los *Hirpi Soriani* tenían por sede una cueva con aguas sulfúreas situada en Roma, cerca de la vía Flaminia, en el monte Soracte consagrado a los *Mani* (Mastrocinque 1996: 148). Estos *Hirpi*, según evidencia su nombre, estaban vinculados al lobo (*Hirpi*=lobo) y a (Apolo) *Soranus*, dios de carácter infernal.

En consecuencia, la asociación antro-agua-fuego puede considerarse comparable al rito que parece evidenciarse en algunas cuevas-santuario ibéricas, pudiendo establecerse una semejanza entre estas cuevas y la Cueva Santa del Cabriel.

Pero, también, hay que considerar la importancia que estas oquedades asumían como representación del vientre materno donde hay que volver para renacer a la otra vida (Dacosta 1991: 46), habiéndose relacionado, en general, con la entrada al mundo subterráneo, a las entrañas de la tierra donde los hombres establecían contacto con los dioses subterráneos (Schumacher 1993: 73; Rutkowski 1972: 306; Dacosta 1991: 46). Así mismo, la presencia de flujos de agua o dispositivos relacionados con su recogida permite señalar el carácter del agua como producción subterránea en contacto con el mundo de los difuntos (Thevenot 1968: 201), por lo que gozaba de un poder curativo, fecundador y *kouro-trophos*, estando asociada al crecimiento de los jó-

venes y a su entrada a la madurez (Dowden 1989: 123) y, con ello, al concepto de muerte-renacimiento característico de los ritos de iniciación (Gennep 1981).

Más difícil resulta poder precisar el tipo de divinidad que regiría esta cueva-santuario. En este sentido ofrece gran interés la estalagmita a modo de pilar que preside la parte central de la cavidad en cuya base, en una gran grieta a modo de recodo, se recogió un hacha de cobre. La pieza podría haber formado parte de un enterramiento, aunque dada su procedencia, en el interior de una columna estalagmítica, mejor cabría su interpretación como una ofrenda votiva (Figs. 2, 4 y 8,3).

Este hallazgo, de gran importancia, permitiría interpretar esta formación como una imagen de culto, un betilo o *massebah* semejante a los documentados en otras cuevas-santuario ibéricas, como la cueva votiva hallada en La Albufereta de Alicante (Rubio 1986) donde se representan troncos de árboles huecos en su interior que han sido considerados como *ashera* (Blázquez 1983: 206), pudiéndose relacionar con un culto funerario a los *Rephaïm* (Lagrange 1905: 199; Xella 1987: 150), esto es, a los antepasados heroizados del monarca cuya memoria no ha de ser olvidada ya que, alojados en el mundo subterráneo, su figura perviviría y se manifestaría a través de este pilar sagrado asegurando a la población la salud, la fecundidad animal y humana y la fertilidad agraria (Caquot 1960: 81 s.; Caquot *et al.* 1974: 465 s.; Fantar 1970: 17 s.; Olmo 1981: 413; Xella 1987: 159).

Estos *Rephaïm* del mundo oriental pueden considerarse semejantes a los *Lari* romanos, a quienes se ha atribuido un carácter agreste (Lavagne 1988: 637), pero que, en origen, son los dioses del mundo subterráneo que se identifican con los *dii parentes* o antepasados heroizados (Coarelli 1983: 271) y, de forma general, con los *dii Manes*, que son los difuntos familiares en sentido genérico colectivo, cuyo culto debe realizarse al exterior del poblado (1983: 272 s.).

También en Grecia están vinculados a los santuarios relacionados con los ritos de clases de edad y los funerarios, como en Megara y Brauron, donde la cueva con los restos de *Ifigenia*, interpretada como una heroína, constituyó el primitivo núcleo de culto del santuario dedicado a *Artemis-Ifigenia* (Kondis 1967: 166; Dowden 1989: 45 s.).

Estos pilares, además, se han relacionado con una divinidad femenina, como ocurre con *Artemis*

en Matinea, donde se halló un pilar de mármol del siglo III a.C. con su nombre (Fougères 1896: 149, n^o 15), o el caso de *Astarté* en Pafos (Lilliu 1959: 74; Manneville 1939: 899 s.). En la Cueva Santa, la vinculación con una divinidad del tipo de la *Astarté* fenicia quedaría confirmada a través de algunos elementos simbólicos, como el acceso a la entrada de la cavidad (Fig. 3), cuya forma recuerda las conocidas láminas de pizarra y plata que se han denominado “ojos de *Astarté*”. En efecto, estas láminas se caracterizan por ofrecer la representación de dos ojos y se documentan en diversos santuarios ibéricos, como La Algaida, en Cádiz (Corzo 1991: 402), Alhonor, Sevilla (López Palomo 1979: 251 ss., lám. 4; *id.* 1981: lám. II), Collado de los Jardines (Álvarez-Ossorio 1941: láms. CXLVI/2191, 2193 y 2196; CXLVII/2228; CCCLXVIII/2283) y Castellar de Santiesteban, Jaén (Lantier 1917: lám. XXVIII/1-7), El Recuesto, Murcia (Lillo 1981: 27 s., Rec. I/6 y 8) y el depósito votivo del Cerro de Castelo de Garvão, Portugal (Beirão *et al.* 1985), pudiéndose relacionar con la gran divinidad femenina simbolizada y representada como diosa de los ojos (Crawford 1957). Igualmente, se conoce una de estas piezas formando parte del “tesoro” celtibérico de Salvacañete (Cuenca) (Raddatz 1969: Taf. 53,30), conjunto que ha sido interpretado como un depósito votivo (Blázquez y García-Bellido 1998; Arévalo *et al.* 1998), aunque Fernández Nieto (1999) haya planteado una interpretación diferente, al considerar el conjunto como la vajilla sagrada de uno de los *oppida* celtibéricos participantes en una fiesta federal común que tendría lugar en el valle de Santerón, verdadero santuario, donde en nuestros días se alza una ermita, que actuaría como sede de las reuniones federales de las poblaciones celtibéricas localizadas en su entorno (*vid. infra*).

Además, en esta cueva-santuario se halló una pequeña maza de mortero en terracota con la representación de un ave (Fig. 10,19), lo que refuerza esta interpretación, pues resulta bien conocida la aparición de utensilios con este tipo de figuras exentas en las necrópolis ibéricas, como la de Toya, Jaén, de donde proceden dos vasos con tapadera con asidero ornitomorfo (Pereira 1999), o en los santuarios, como Alhonor, Sevilla (López Palomo 1981: fig. 23), y en El Tossal de Sant Miquel, Valencia, donde formando parte del depósito votivo se encontró una paloma de terracota (Bonet 1995: fig. 33; Bonet y Mata 1997: fig. 4), representaciones que se han interpretado como símbolo de una divinidad femenina (Olmos

1989). En todo caso esta divinidad no sería sino una Diosa-Madre indígena ancestral, que podría ser asimilada a la *Astarté* fenicia, la *Tanit* púnica o la *Artemis-Hécate* griega, con quien se ha relacionado la cueva-santuario de Salchite, en Murcia (Lillo 1983).

Pero, en un momento indeterminado, es posible que a esta divinidad femenina se uniese otra masculina¹⁰, con la que habría que relacionar, tal vez, la formación rocosa con una especie de hornacina documentada en la sala principal emplazada frente a la anterior, en la que se situó un altar dedicado a San Marcos (Moya 1998: 94). Esta dedicación a San Marcos, al parecer de época moderna, de entre fines del siglo XVIII y 1845, y por decisión de la Villa de Mira, de cuya Iglesia Parroquial dependía la ermita de la Cueva Santa, puede considerarse de gran interés, pues hay que tener en cuenta que el origen latino del nombre *Marcus* es *Marticus*, forma que queda ligada a *Mars-Martes*, dios de la guerra al que se ha atribuido también un carácter agrario (Dumézil 1987: 223 ss.)¹¹.

En consecuencia, esta cueva-santuario de Mira situada en un barranco, resulta muy similar por sus características a las cuevas-santuario ibéricas relacionadas con ritos de purificación y paso de clases de edad, sin excluir otros agro-pastoriles y relacionados con la *sannatio*. Estos ritos se asociarían seguramente a una divinidad femenina ancestral, celeste y ctónica al mismo tiempo, a la que podría haberse incorporado, en un momento indeterminado, una deidad masculina cuya unión permitiría la renovación de las fuerzas de la sociedad y de la naturaleza.

6.2. La Cueva Santa en su territorio

La realización de las cartas arqueológicas de los términos municipales de Villargordo del Cabriel, Fuenterrubles y Camporrobles (Valencia), y de prospecciones sistemáticas selectivas en los de Aliaguilla y Mira (Cuenca), que se complementará en breve con la realización de la Carta Arqueológica de este último término -trabajos que venimos realizando desde 2002-, nos permite abordar el estudio territorial de la Cueva Santa del Cabriel¹², aunque reducido a la margen izquierda del Cabriel, donde se localizan los términos citados (Fig. 14).

Si durante el Calcolítico y el inicio de la Edad del Bronce algunas de las cuevas abiertas en los barrancos del Cabriel, entre ellas la Cueva Santa, fueron utilizadas como lugar de enterramiento, segura-

mente múltiple (Molina-Burguera y Pedraz 2000), apenas tenemos noticias sobre el carácter de las visitas que durante la Edad del Bronce se realizaron a la Cueva, en cualquier caso poco importantes, como demuestra el que únicamente se hayan documentado dos fragmentos de cerámica a mano tosca atribuidos con reservas a este periodo, sobre todo teniendo en cuenta que se conocen una decena de yacimientos de esta época localizados en un radio de 10 km.

Mayor información tenemos de la II Edad del Hierro (Fig. 15), principalmente por lo que se refiere al periodo comprendido entre los siglos V y II a.C., pudiendo destacar la práctica ausencia de poblamiento en un radio de 8 km alrededor de la Cueva, con la única excepción de dos lugares de habitación en su entorno más próximo (3 km): las Casas del Alabú, un asentamiento en llano de reducida extensión localizado en el antiguo camino de Enguñanos, por el que todavía hoy se accede a la Cueva, y el Castillejo del Pajazo, pequeño poblado fortificado que controlaría el antiguo camino entre Cuenca y Requena que comunicaba ambas márgenes del Cabriel. Igualmente interesante es la localización, a algo más de 6 km en línea recta de la Cueva Santa, de la Cueva II del Puntal del Horno Ciego (Martí Bonafé 1990), localizada en un barran-

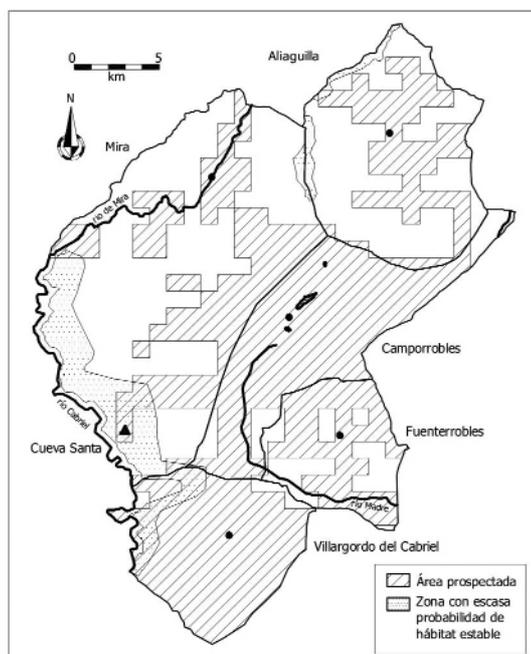


Figura 14.- Zonas prospectadas en el entorno de la Cueva Santa (campañas de 2002-2003).

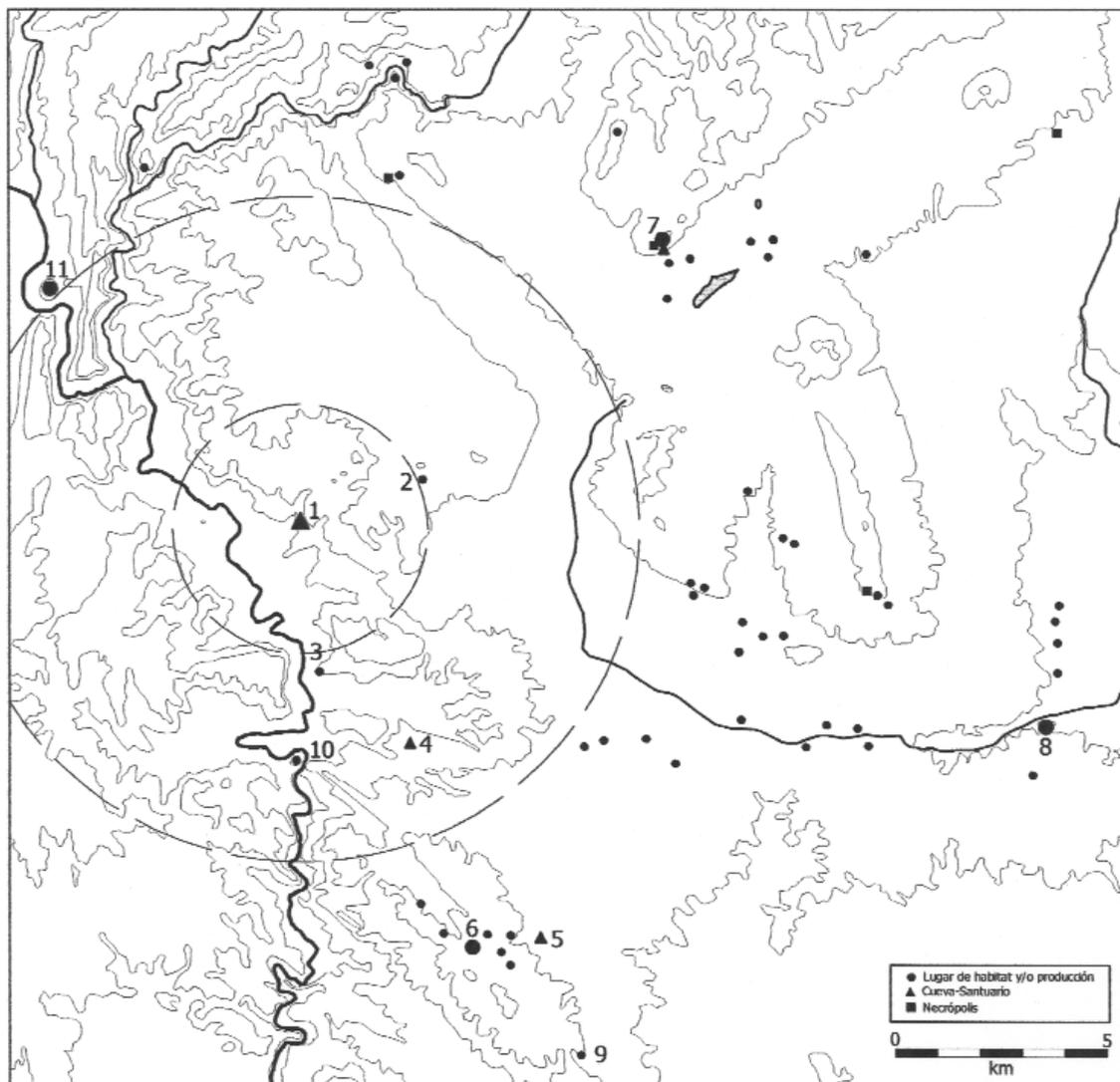


Figura 15.- La Cueva Santa y su territorio en la II Edad del Hierro, con los yacimientos citados en el texto: 1, Cueva Santa del Cabriel (Mira); 2, Casas del Alabú (Mira); 3, Castillejo del Pajazo; 4, Cueva II del Puntal del Horno Ciego; 5, Cueva Santa; 6, Moluengo (Villargordo del Cabriel); 7, El Molón (Camporrobles); 8, Los Villares (Caudete de las Fuentes); 9, Casillas del Cura (Venta del Moro); 10, Cerro del Castillo (Minglanilla); 11, Cabeza Moya (Enguñados).

co de la margen izquierda del río y, como aquella, sin asentamientos conocidos en su entorno más inmediato.

A partir de los 9 km se observa un importante poblamiento, con numerosos asentamientos en llano de tamaño pequeño, junto a un número reducido de poblados fortificados en altura, que se concentra, hacia el Noreste, en torno a los humedales de Camporrobles, claramente jerarquizados por el asentamiento de El Molón, un pequeño *oppidum* ocupado desde los inicios de la Edad del Hierro hasta mediados del siglo I a.C. (Lorrio 2001), con el que se re-

laciona una cueva-santuario (Moneo 2001); hacia el Este-Sureste, en relación al curso alto del río Madre, en torno a la localidad de Fuenterrobles, territorio que cabe considerar jerarquizado por la presencia del importante *oppidum* de Los Villares (Caudete de las Fuentes) (Mata 1991), donde se localiza la ceca ibérica de *kelin* (Ripollés 2001: 109 ss.); y, hacia el Sur-Sureste, en las estribaciones orientales de la Sierra del Rubial, con una serie de yacimientos en llano localizados en el entorno del importante área artesanal del Moluengo, en cuyas proximidades se sitúa una nueva cueva-santua-

rio, la llamada Cueva Santa de Villargordo del Cabriel (Fletcher 1975: 1154). El número de poblados que podían haber frecuentado la Cueva Santa debió ser aún mayor, sobre todo si tenemos en cuenta la atracción que cabría esperar respecto a los núcleos de población de la margen derecha del Cabriel, zona de la que existe mucha menor información, dada la ausencia de prospecciones sistemáticas. A pesar de las accidentadas riberas que el río ofrece en su tramo medio, existen diferentes pasos que conectan ambas márgenes, teniendo su principal zona de tránsito en el entorno de la Hoya de Contreras. Efectivamente, a través de la cuenca del río Madre se llega a los llanos de Villargordo del Cabriel, que constituyen la parte occidental de la meseta de Requena-Utiel, accediendo a las ramblas que jalonan y salvan el agudo desnivel de la zona (300 m). La parte alta del Barranco de la Vid nos lleva al tramo final de la rambla de Canalejas, que desemboca en el río Cabriel cerca de los vados del Rabo de la Sartén y del Pajazo, todo bajo el control visual de los yacimientos del Castillejo del Pajazo, Villargordo del Cabriel, Valencia, y el Cerro del Castillo, Minglanilla, Cuenca. Desde la zona de los llanos de Villargordo del Cabriel accedemos también al amplio valle del Moluengo, que conecta con el paraje de Casillas del Cura, una interesante área artesanal ibérica, y al vado de la Ponseca y Vadocañas (Martínez Valle 2001: 146-150). Más al norte, los vados adecuados para carros escasean, aunque en el paraje de la Fuencaliente, localizado junto a la Cueva Santa, existían zonas vadeables para monturas o en pequeñas embarcaciones a través del río; de todo ello no queda rastro al estar bajo el actual nivel de las aguas del Embalse de Contreras. Por último, el llamado Camino de Enguñanos conecta la Comarca de Requena-Utiel con las márgenes del Cabriel, al Norte de la Cueva Santa, donde se localiza el importante poblado de Cabeza Moya (Enguñanos, Cuenca) (Navarro y Sandoval 1994).

Esta dispersión geográfica de los yacimientos sitúan a la Cueva Santa en un punto central respecto de los asentamientos de la Edad del Hierro localizados en la zona, pudiendo defender para ella un carácter que excedería el puramente local. De modo que, como hemos señalado más arriba, la Cueva Santa del Cabriel puede haber servido de centro aglutinador y gravitacional de la comarca, al menos desde un punto de vista simbólico, pudiéndose interpretar como un lugar de atracción y de culto colectivo de los poblados de alrededor.

La existencia de un territorio prácticamente vacío de población en el entorno de la Cueva se documenta igualmente en época romana, aunque algo más matizado, al documentarse algunas *villae* en la zona inmediatamente al Norte de la localidad de Villargordo del Cabriel, o en las inmediaciones de la aldea de la Fuencaliente, donde al parecer se habría localizado una de estas *villae* (Exp. Museo de Cuenca 1974/31; Moya 1998: 48), junto a la fuente de aguas termales que había en el valle y que con el tiempo daría nombre al lugar (1998: 46). Este más que probable carácter sagrado de la zona, al menos durante la II Edad del Hierro, encuentra su correlato en la tradición popular según la cual el extenso territorio que rodea a la Cueva Santa conformaba un espacio sagrado, cuyos límites desconocemos, aunque incluía los barrancos y las tierras de labor de los alrededores de la Cueva, extendiéndose hacia el Este más allá de las Casas del Alabú (1998: 49 s.). Esta “Tierra Santa”, como era denominada en los siglos XVIII y XIX, estaba protegida contra todo mal, lo que influía, incluso, en el precio de las tierras de labor allí situadas. Diferente es el modelo previo a la Edad del Hierro, ya que, como hemos visto, en época calcolítica sólo conocemos algunas cuevas de enterramiento en alguno de los barrancos del Cabriel, mientras que durante la Edad del Bronce se conocen varios poblados y alguna posible cueva de enterramiento en un radio de 10 km en torno a la Cueva.

La revisión de algunas cuevas-santuario valencianas permitiría plantear la existencia de modelos semejantes, configurándose el santuario como el lugar de culto local de los poblados localizados en su entorno, cuyas distancias oscilarían entre 5 y 10 km, aunque a veces pudieran ser incluso mayores (*vid.*, al respecto, Moneo 2003: 306, figs. V.16 y V.17). Dicho modelo encontraría su correlato en una serie de fiestas y celebraciones todavía hoy vigentes, en las que el santuario aparece como *omphalós* o centro organizador del territorio y de las poblaciones en estructura radial y, desde idénticos planteamientos, recientemente estudiadas por Fernández Nieto (1999) y Fernández Ardanaz (1999 y 2000), vinculándolas con antiguas tradiciones prerromanas de tipo céltico. Destaca, por su proximidad con la zona de estudio, la fiesta del Santerón (Algarra, Cuenca), cuya celebración, tradicionalmente el lunes de Pentecostés, congrega a siete comunidades distintas del área nororiental de la provincia de Cuenca y del Rincón de Ademuz (Valencia), situa-

das en un radio de entre 6-8 km, cuyo centro es la ermita del Santerón o de la Virgen de Santerón, localizada en un valle, en medio de una pradera. Para Fernández Nieto (1999: 191) la voz **santeron* pudiera relacionarse con el céltico **santeros* “lugar que está en medio o en el centro de”, siendo, por tanto, equivalente de **medionemeton*, esto es, el santuario que ocupa el centro, proponiendo interpretar algunas de las prácticas de la festividad actual como una reliquia de antiguos ritos celtibéricos (1999: 194 ss.). Siguiendo a Fernández Nieto (1999: 199), Santerón habría sido el santuario común de 7 pequeños *oppida* celtibéricos, que integrarían una federación, modelo que parece coincidir con el observado en la Cueva Santa, tanto por lo que respecta al panorama de la Edad del Hierro -aunque en el caso del Santerón carezcamos de información respecto de este periodo-, con el interés de estar documentada la presencia de elementos de cultura material de clara filiación celtibérica en la zona de estudio (Lorrio 2001: 167 s.), como por lo observado en época moderna y contemporánea, pues la Cueva queda enmarcada en el centro de un territorio, teniendo alrededor las villas de Mira, Camporrobles, Fuenterrobles, Villargordo del Cabriel, Minglanilla, La Pesquera y Enguñanos, y aunque no haya noticia de que las poblaciones de Minglanilla y Enguñanos hayan participado en la fiesta, sí lo hay, en cambio, sobre la aldea de la Fuencaliente de Mira y de Venta del Moro (Moya 1998: 83). En este sentido, no está de más recordar el carácter aglutinador que ha tenido la Cueva en épocas más o menos recientes, siendo durante mucho tiempo el nexo de unión de toda una comarca (1998: 21).

Un comentario merece la presencia, durante la II Edad del Hierro, de 4 cuevas-santuario en la zona, que vienen a sumarse a la Cueva de los Mancebones, la Cueva del Cerro Hueco, la Cueva de los Ángeles (Requena, Valencia) o la Cueva del Collado de la Plata (Aliaguilla, Cuenca), cuyo estudio conjunto excede los objetivos de este trabajo (*vid.*, para todas ellas, Moneo 2003: 169 y 197 ss.). La Cueva del Molón se ha relacionado (Moneo 2001: 179 s.) con ritos de iniciación y purificación de los habitantes del poblado del mismo nombre. Más difícil resulta valorar el caso de la Cueva Santa de Villargordo del Cabriel, aunque se haya vinculado a ritos de paso de clases de edad (Moneo 2003: 198). A pesar de no relacionarse directamente con ningún asentamiento (Mata *et al.* 2002: 315), su accesibi-

lidad y la localización de varios de ellos en su entorno inmediato permiten su diferenciación del modelo representado por las dos cuevas restantes. Ciertamente, tanto la Cueva Santa del Cabriel como la Cueva II del Puntal del Horno Ciego se localizan en espacios de difícil acceso en sendos barrancos de la margen izquierda del Cabriel, en parajes abruptos, sin asentamientos de ningún tipo en sus proximidades. La Cueva II del Puntal del Horno Ciego es una cavidad con un doble acceso a través de una entrada natural orientada al Sur-Sureste y un agujero de 1 m de diámetro abierto en la bóveda; consta de una sala circular de 5 por 4,5 m y 4 de altura, con pequeñas galerías y grietas (Martí Bonafé 1990).

No obstante, los materiales recuperados en ambas cavidades parecen sugerir dos momentos de uso diferentes, aunque ambas llegaran a convivir durante algún tiempo. La Cueva II del Puntal del Horno Ciego ha proporcionado abundantes materiales que han sido fechados entre los siglos VI-V a.C. (Martí Bonafé 1990: 160), aunque, como se ha analizado (*vid. supra*), algunos de los tipos que encontramos en esta cavidad se encuadran principalmente en contextos del siglo IV a.C., como los caliciformes de perfil globular o las pateritas, todo lo cual nos lleva a plantear la prolongación del uso de esta cueva como santuario a inicios del IV a.C. Por su parte, la Cueva Santa parece haber estado en uso entre la segunda mitad del siglo V a.C., coincidiendo con el final de la Cueva II del Puntal del Horno Ciego, perdurando de forma continua, al menos, hasta el II a.C., aunque el momento de mayor auge corresponda con el siglo IV y III a.C. Resulta tentador ver en su diferente cronología, al menos por lo que se refiere a los momentos de máximo esplendor, la posible suplantación de una respecto de la otra, pues recordemos su proximidad relativa, unido a sus características similares en muchos aspectos, que parecen sugerir ritos semejantes. Las enviabiles condiciones de la Cueva Santa del Cabriel, tanto por lo que respecta a las características de la cavidad (dimensiones notables, presencia de agua, etc.) como por su emplazamiento, dominando un amplio paisaje, podrían ser la explicación de la importancia alcanzada por la Cueva Santa, en detrimento de la Cueva II del Puntal del Horno Ciego, y que justificaría, al menos en parte, la continuidad en su uso hasta nuestros días.

7. Los siglos oscuros

Apenas disponemos de información que nos permita determinar con claridad la funcionalidad de la Cueva durante el principado y la época romana imperial. El hallazgo de dos fragmentos de paredes finas (Fig. 11,2-3), ambos posiblemente de época augustea, y un fragmento de *terra sigillata* africana del tipo A (Fig. 11,4), fechado entre finales del siglo I y el siglo II d.C., a los que cabría añadir las referencias a posibles materiales de época romana procedentes de los expolios (Moya 1998: 32), contrasta abiertamente con el panorama documentado para época prerromana, lo que parece sugerir que la Cueva pudo haber caído en desuso a partir del cambio de era, por más que Moya (1998: 48) haya planteado la continuidad en el uso cultural de la cavidad ligado a una Gran Madre semejante a la *Magna Mater* de los romanos¹³. Con todo, no podemos descartar dicha posibilidad, dado que los hallazgos procedían de una sala de difícil acceso alejada de la entrada, de la que procedería asimismo la mayor parte del material prerromano recuperado, tratándose además de “vajilla fina”, poco acorde con usos más prosaicos de la cavidad. En cualquier caso, la utilización de cavidades como lugar de culto en época romana es suficientemente conocida, como lo atestiguan casos como los de la Cueva de la Camareta, en Agramón-Hellín, Albacete (González Blanco *et al.* 1993), la Cueva Negra de Fortuna, en Murcia (González Blanco *et al.* 1993), la llamada Cueva de Román, en Clunia, Peñalba de Castro, Burgos (Pallol y Vilella 1987: 129 ss.) o la Cueva del Puente, en Orduña, Burgos (Abásolo y Mayer 1996)¹⁴.

En realidad, la presencia de material romano en algunas cuevas-santuario valencianas (*vid.* González Alcalde 1993: 73, 2002-03: 77) confirmaría que éstas siguieron siendo visitadas durante los primeros siglos de la era, tratándose siempre de hallazgos menos numerosos que los protohistóricos precedentes, en concreto *terra sigillata* hispánica, fíbulas y, en menor medida, páteras y copas, así como, en alguna ocasión, monedas de época imperial. No obstante, la presencia de materiales de época romana, sobre todo cerámicos o de vidrio, en el interior de cuevas, admite otras interpretaciones, no siempre fáciles de determinar, pudiéndose considerar, a veces, como evidencia del uso funerario de la cavidad (Lorrio y Montero 2004: 110).

Con la caída del Imperio romano se produjo un clima de inestabilidad, que se vio acentuado con la

llegada de los visigodos hacia el año 460 y la posterior invasión árabe. Pese a carecer de evidencias, se ha planteado que, en esta época, la Cueva seguiría siendo frecuentada como lugar de culto, debido al arraigo y pervivencia de las antiguas costumbres, e incluso de las divinidades (Moya 1998: 69 ss.)¹⁵.

Tras el vacío de información durante el periodo tardoantiguo, es también muy escasa la que tenemos de época islámica, aunque durante mucho tiempo la franja de tierra que se extiende desde el río Cabriel hasta Requena fue lugar de correrías o de vandalismo, tanto de tropas cristianas como musulmanas, lo que provocaría el despoblamiento de la tierra y, que, posiblemente, la Cueva Santa fuese abandonada, pudiendo haber servido, tal vez, como abrigo o lugar para protegerse de las inclemencias del tiempo (1998: 73 s.). La única información que poseemos se reduce al hallazgo de algunas toscas cerámicas islámicas fechadas entre los siglos IX y XII (Fig. 12), que no permiten sino apuntar que la cavidad siguió siendo visitada durante esa época, quizá simplemente haciendo las veces de cueva-refugio de algunas de las poblaciones pastoriles que habitaron las tierras cercanas de la Serranía Baja Conquense, como sería, al parecer, el caso de la “cueva de ganado” de Tejada la Vieja, con una dilatada ocupación, pero en la que están ausentes recipientes de carácter suntuario (Martínez 2002: 22 ss.). No obstante, y como ocurriera en época prerromana y romana, todo el material recuperado procede de la Sala C, la más profunda, sin que haya noticias sobre su hallazgo en la Sala A, la más apta como refugio, si bien, dadas las alteraciones sufridas en esta zona, poco se pueda avanzar en ese sentido.

8. La tradición cristiana: la cueva como ermita

A partir de la reconquista de la zona, que culminaría con la toma de Requena en 1239, la Cueva sería de nuevo frecuentada, remontándose las primeras referencias sobre el tema al siglo XIV, momento en que pasó a convertirse en un santuario mariano, recuperándose como lugar de culto (Pérez Ramírez 1995: 362; Moya 1998: 76), lo que se ha interpretado como el medio de sacralizar un paisaje que era considerado como pagano (Aldea *et al.* 1975: 2205). Este tipo de santuarios aparece bien documentado en diversas partes de la Península Ibérica y se han relacionado con la implantación popular del culto a Santa María (Moya 1998: 75

ss.)¹⁶. Un ejemplo lo constituyen los santuarios de la Cueva de la Virgen de Tejada, en Garaballa, o el de Ntra. Señora del Pilar de Altarejos, vinculados, como ella, a la Diócesis de Cuenca (Pérez Ramírez 1995). En ambos casos, se trata de cavidades o abrigos más o menos profundos que fueron convertidos en santuarios cristianos.

De esta forma, desde el siglo XIV, y principalmente en los siglos XVI y XVII, la presencia de documentos escritos sobre la Cueva Santa, junto al hallazgo de materiales arqueológicos como un interesante y homogéneo lote de vasijas cerámicas que remiten a las más lujosas producciones de los talleres de Paterna y Manises (Fig. 13,1-6), como serían las escudillas esmaltadas decoradas en azul y reflejo metálico, a las que se ha atribuido un carácter litúrgico (Moya 1998: 82), junto a lámparas de aceite de variados tipos (Fig. 13,7-8), permiten establecer un uso de la cavidad como ermita cristiana, alcanzando durante dicho período su mayor apogeo, lo que confirmarían igualmente los hallazgos numismáticos.

Posteriormente, vendría la decadencia, coincidiendo con el inicio o el auge de otros santuarios marianos, principalmente el de Ntra. Señora de Tejada, muy popular a partir del XVII hasta nuestros días, y, más tarde, el de Ntra. Señora del Remedio en la Sierra de Negrete, en Utiel. Ya en el siglo XVIII sólo realizaban la visita a la Cueva las poblaciones de Fuenterrobles, Camporrobles, Villargordo, Venta del Moro y sus aldeas¹⁷, Mira, con sus caseríos de Fuencaliente, junto al río, así como La Pesquera, único municipio de los citados que se localiza en la margen derecha del Cabriel (1998: 83). Los ritos practicados por los habitantes de estas poblaciones incluían visitas en forma de rogativas para pedir lluvia en años de sequía, y una romería. Ésta tenía lugar en primavera, como documentan los casos de Mira, celebrada el 25 de abril, o el de Fuencaliente, el 3 de mayo, La Pesquera, el 1 de mayo y Fuenterrobles, el 15 de mayo, y en ella participarían todos los miembros de la sociedad (1998: 83 s.).

A pesar de la decadencia citada, es la documentación de los siglos XVIII y XIX la que permite establecer una aproximación a los dispositivos, ritos y divinidades a las que se rendía culto. De esta manera se conoce cómo, a la entrada de la cavidad, se colocó una campana con el fin de llamar a los fieles a las celebraciones religiosas (1998: 94) mientras que, en el interior de la sala principal que constituía el *sancta sanctorum* de época ibérica, en una de las

grandes columnas estalagmíticas, se situó un altar a la Virgen y otro a San Marcos, este último en el hueco de una formación rocosa, además de un púlpito (1998: 93 s.). De los altares, el de la Virgen era el principal y ocupaba el centro geográfico de la cavidad. De la imagen de culto se conoce la existencia de un tipo antiguo, que no se conserva en la actualidad, denominada como la “Virgen Vieja” (1998: 104). Con respecto a ella, se ha planteado que se trataría de una Virgen Negra (1998: 207), sin que haya noticias sobre su origen. Esta imagen, maltratada por la humedad del lugar, fue sustituida por otra, que se costeó con las limosnas que daban los devotos de los pueblos vecinos, lo que implicaba unos derechos y obligaciones sobre la misma (1998: 103, 109). Otras modificaciones a las que se vio sometido este santuario implicaron un aumento de su extensión, pues se incorporó al lugar de culto la amplia explanada existente al exterior, a la entrada de la Cueva, donde se situó una mesa de yeso y barro para “sacar” a la Virgen en los días de fiesta (1998: 97). También se incluyeron las tierras próximas, donde se construyó una casa con pozo, que fue utilizada como albergue de los peregrinos que visitaban el lugar y como vivienda del ermitaño.

9. La tradición de la romería

A principios del siglo XX, la continuidad de uso de la Cueva por parte del actual pueblo de Fuenterrobles, permite la reconstrucción del ritual de la romería llevada a cabo por estas poblaciones. Esta romería duraba un día y consistía en la visita a la Cueva donde estaba colocada la imagen de la Ntra. Señora de la Cueva. Los vecinos acudían en carros engalanados con ramas de madroño, murta o romero, para así mostrar a su llegada al pueblo que se había cumplido con el ritual de visitar la Cueva (Moya 1998: 65), o a la grupa de caballos, como en el caso de los mozos que se lucían o llevaban con ellos a sus novias (1998: 88). Una vez en la cavidad se celebraba una misa en el interior, finalizada la cual se sacaba al exterior la imagen y se colocaba en la explanada donde había una mesa de obra de piedras y yeso, para cantarla los Mayos, pequeñas composiciones populares recitadas por un solista, acompañado de un coro y de música, que constaban de varios versos en los que se alababa y ensalzaba a la Virgen, pidiéndola salud para los seres humanos y protección y lluvia para los campos. De ellos,

el mayor interés lo ofrece el Mayo antiguo de Fuenterrobles (1998: 120 ss.), pues por primera vez aparece una referencia al nombre de la Virgen a quien se rendía culto en la Cueva, esto es a Santa Catalina, que aparece asociada a una blanca paloma, al Sol, a la Luna y a flores, como nardos, claveles, azucenas y rosas. Después de estos Mayos, la romería continuaba con una comida campestre, tras la que se partía de vuelta al pueblo de Fuenterrobles. Este regreso iba escalonado con varias paradas en los caseríos, como en la Casa del Alabú, en la Casa de la Viña, la Casa Nueva, y, por último, en la cruceta de Fuenterrobles. Desde aquí se iba rezando el rosario hasta llegar a la Iglesia del pueblo.

La romería se ha visto modificada a causa del paso del tiempo, llegando, incluso, a dejar de realizarse durante algunos años. Sin embargo, puede considerarse de gran interés pues perpetúa un ritual muy antiguo cuyo uso se extiende hasta la actualidad. La imagen de la Virgen permaneció en la Cueva hasta inicios de los años 30, depositándose tras la Guerra Civil en la ermita de Fuencaliente (1998: 85); con posterioridad, tan sólo Fuencaliente, Fuenterrobles y la Pesquera mantuvieron la tradición. Con la construcción del pantano de Contreras, los habitantes de Fuencaliente se dispersaron, trasladándose la mayor parte a Picassent (Valencia) y llevándose con ellos la imagen de la Virgen (1998: 157), aunque algunas de las poblaciones cercanas hicieran una reproducción de la misma para ser llevada en procesión hasta la ermita. En la actualidad tan sólo Fuenterrobles realiza la romería.

10. Valoración

El análisis de esta cueva permite establecer un uso ritual que cabe remontar a un momento avanzado de la Edad del Cobre o el Bronce Pleno, posiblemente como cueva sepulcral de enterramiento, quizás colectivo, fenómeno bien conocido en el Levante peninsular (Soler 2002), y del que se conocen algunos ejemplos a pocos kilómetros de la Cueva Santa, en el Barranco de la Vid (Villargordo del Cabriel, Valencia) (Molina-Burguera y Pedraz 2000). Con este uso cabría relacionar principalmente un colgante de hueso y un hacha de cobre, ésta encontrada en el interior de una columna estalagmítica, lo que permite plantear su carácter votivo. Lo mismo cabe plantear de un fragmento de hacha o azuela pulimentada aparecida, al parecer, en los al-

rededores de la Cueva, cuya datación, no obstante, pudiera ser más antigua, así como de dos vasijas a mano recuperadas en una oquedad del exterior de la cavidad, junto al acceso. La presencia de un cráneo humano en el Museo de Cuenca procedente, al parecer, de la Cueva, podría confirmar tal funcionalidad, aunque dada su larga secuencia de uso, no siempre, necesariamente, como santuario, no podamos afirmarlo categóricamente.

Ya en la II Edad del Hierro, el periodo mejor conocido, la Cueva pasó a ser utilizada como un santuario semejante a otras documentadas en el mundo ibérico, y de las que se conocen algunos ejemplos en la vecina Comarca de Requena-Utiel (Moneo 2003: 197 ss.), quedando vinculada a los ritos de paso de clases de edad de las poblaciones próximas. Este carácter quedaría confirmado por su dificultad de acceso, su relación con el agua y el ocaso solar, la sala principal o *sancta sanctorum* con estalactitas a modo de betilos, y el hallazgo de materiales arqueológicos, en su mayoría vasos caliciformes asociados a otros microvasos (páteras, platos o botellas), como contenedores de ofrendas u ofrendas en sí mismos, que aparecieron depositados en la sala más profunda, a modo de *favissa*. El estudio de estos ritos de paso en el mundo ibérico (2003: 393 ss.) permite establecer que su desarrollo incluiría una visita periódica a la cavidad, tal vez a modo de procesión, y determinadas prácticas, que tendrían como fin la formación de los jóvenes guerreros, la renovación periódica de las clases de edad, y, por consiguiente, de toda la sociedad (2003: 395). Estas celebraciones tendrían lugar en el equinoccio de primavera, momento que coincidiría con el renacer de la naturaleza, de los campos y animales, por lo que tradicionalmente se ha considerado como un rito de comienzo del Año Nuevo (Dumézil 1987: 352; Moneo 2001: 179). Parece que la Cueva habría ejercido, durante este periodo, de centro aglutinador, desde un punto de vista simbólico, de la comarca, lo que confirma su posición central, por lo que cabría considerarla como un lugar de atracción y de culto colectivo de los poblados de alrededor, distribuidos en varios núcleos prácticamente equidistantes de la Cueva.

Este uso de la Cueva como lugar sacro en épocas posteriores es difícil de interpretar, pudiendo haber continuado en época romana, y, tal vez, hasta la invasión árabe, produciéndose, en este caso, una evolución del culto, las divinidades y ritos desarrollados. No obstante, el hallazgo de algunos frag-

mentos de “vajilla fina”, fechados entre finales del siglo I a.C. y el siglo II d.C., admite otras interpretaciones, pues no puede descartarse su uso esporádico como lugar de enterramiento, fenómeno del que se conocen algunos ejemplos de época romana y que debió ser más habitual de lo que el registro arqueológico permite vislumbrar (Lorrio y Montero 2004: 105 ss.). En este sentido, cabe recordar el hallazgo ya citado de un cráneo humano, de cronología incierta, aunque posiblemente deba relacionarse con la ocupación prehistórica, sin que se pueda descartar su adscripción a momentos más avanzados, ya de época histórica. Por su parte, el conjunto de materiales atribuidos al periodo islámico antiguo, posiblemente haya que relacionarlo con el hecho de que esta cueva fuera utilizada simplemente como refugio, ya como visita esporádica de gentes, quizá marginadas por la sociedad, ya con la finalidad de guardar ganado, al ser utilizadas por pastores.

En el siglo XIV, esta cavidad se convirtió en una ermita cristiana, lo que coincide con la implantación popular del culto a la Virgen María (Moya 1998: 75). En este momento, los ritos podrían ser considerados como una continuación de los de época anterior, ya que consisten en una procesión en la que cobran gran importancia los “mozos”, y en el desarrollo de prácticas agrarias de propiciación de las lluvias y otras de carácter sanador, como evidencian las fuentes etnográficas (*vid. supra*).

Pero, además de los ritos, también se produciría una evolución de las divinidades. De este modo, resulta lógico pensar que la Diosa Madre indígena ancestral, que protegía la cueva como lugar de enterramiento, pasase a ser identificada en época ibérica con una divinidad del tipo de la *Astarté* fenicia, la *Tanit* púnica, o, mejor, de la *Artemis-Hécate* griega, divinidad esta última con la que, en Grecia, llegó a identificarse la *Ashtoreth/Astarté* fenicia (Bonnet 1996: 95). Más tarde, con la romanización de la Península Ibérica, esta divinidad probablemente sería asimilada a su equivalente romana, *Iuno* (Dumézil 1987: 299 ss.; Roca 1981: 814 ss.). En efecto, en este sentido hay que tener en cuenta que, en Roma, cerca del *Tigillum Sororium* (Coarelli 1983: 11 ss.), se situaban los altares de *Ianus Curiatius* (*Curiatius*, relacionado con la Curia, por lo que verifica las cualidades militares) y *Iuno Sororia* (*Sororia*, femenina, diosa de la pubertad) (Dumézil 1987: 66 n.1, 303 s.) que favorece las cualidades reproductivas de las mujeres (Torelli 1984: 110); una y otra divinidad conectadas con ri-

tos iniciáticos puberales (Latte 1960: 97, 133) y con las infracciones relativas al *coniugium* y a la familia (Torelli 1984: 106).

Esta divinidad, *Iuno*, puede considerarse similar, si no equivalente, a la *Diana* de Segóbriga (Almagro-Gorbea 1996c), divinidad que se relaciona con otras divinidades semejantes de Andalucía y el Suroeste, y con *Ataecina-Proserpina*, su equivalente en la *Hispania* céltica (García-Bellido 1991; Abascal 1995; Almagro-Gorbea 1997).

Con la cristianización, estas divinidades sufrieron un proceso de sincretización que daría lugar, en la Cueva Santa de Mira, al culto de Santa Catalina, como parece evidenciar el Mayo más antiguo de Fuenterrabías (Moya 1998: 126 s.), documento que permite ver, a través de la etimología, la evolución que sufrió el nombre de las divinidades. De esta forma, hay que señalar que Catalina proviene del griego *Aikaterine*, y éste de *Hekaterine/Hecateria*, derivado del nombre de la diosa *Hécate*. A su vez, los romanos relacionaron este nombre con *katharos* (puro) y cambiaron su epigrafía de *Katerina* a *Katharina*, que significa pura, inmaculada, sin cruce (<http://forum.softpedia.com/showthread.php?threadid=1830>).

En el santoral cristiano, la Virgen y Santa más antigua conocida que lleva este nombre es Catalina de Alejandría, que vivió a fines del siglo III (Clugnet 2004). Otras figuras posteriores son Santa Catalina de Siena (a. 1347-1380) y Santa Catalina de Génova (a. 1447-1510), conocidas por su poder de sanación y dedicación a los enfermos, que celebran su onomástica el 29 de abril y 9 de septiembre, respectivamente (Gardner 2004). Con estas últimas, quizás, se podría relacionar el culto cristiano más antiguo desarrollado en la Cueva Santa del Cabriel. Pero, es precisamente el carácter puro e inmaculado de la diosa ancestral asimilada a la Virgen y Santa, del que probablemente derivara, en el caso de la Cueva Santa, el culto a la Inmaculada Concepción. Esta imagen tiene el interés de ofrecer algunos símbolos que se pueden relacionar con las divinidades paganas. Tal es el caso de la corona de estrellas o la Luna que, al parecer, se situaban a sus pies antes de ser restaurada, elementos ambos que se han relacionado con el carácter celeste y ctónico de la *Astarté* fenicia (Bonnet 1996) o la *Hécate* griega (Farnell 1977: II, 503 ss.).

En relación a la existencia de una divinidad masculina en la Cueva, solamente se tiene la documentación reciente de un culto a San Marcos. Sin em-

bargo, en época ibérica, esta posible divinidad quizá se podría relacionar con la formación rocosa documentada en el interior de la sala principal, situada frente a las dos grandes estalactitas. Esta figura pudo actuar como “paredro” de la diosa, de la misma forma que la diosa *Hécate* tenía como paredro (?) o hermano (?) a *Apolo Hékatos* (Parada 1993).

En consecuencia, el estudio de la Cueva Santa del Cabriel permite establecer una aproximación a

los rituales desarrollados hoy en día en los santuarios, los cuales podrían haber sido una continuación de antiguos cultos que, con las lógicas modificaciones consecuencia de la evolución, se han mantenido hasta llegar a la actualidad. Por último, este trasfondo filológico e ideológico, contrastado con el de otros santuarios, abre una importante línea de investigación en la actualidad.

NOTAS

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación BHA2003-08222 Meseta-Mediterráneo. De la Edad del Bronce a la aparición de la escritura. Tradiciones culturales, intercambios y procesos de transformación, financiado por la DGICYT del Ministerio de Ciencia y Tecnología y fondos FEDER.

1. Agradecemos al Dr. Martín Almagro Gorbea los comentarios sobre diferentes aspectos de este artículo. También a D.^a Concepción Rodríguez, Directora del Museo de Cuenca, y a D. Juan Manuel Millán, Técnico de dicha institución, por facilitarnos el estudio del material allí depositado. A los Dres. Salvador Rovira e Ignacio Montero quienes realizaron el análisis metalográfico del hacha. Igualmente, a la Dra. Carolina Doménech, por la clasificación de las monedas, a la Dra. Feliciano Sala y al Dr. José Luis Simón, por las sugerencias relativas a las cerámicas de importación y al hacha de cobre, respectivamente, a D.^a Concepción Navarro, por sus interesantes aportaciones sobre el material bajomedieval y moderno, y a D.^a Virginia Barciela, por las sugerencias sobre aspectos tecnológicos del colgante de hueso. La topografía de la cavidad fue realizada por D. Guillermo Molina y D. Tomás Pedraz, debiéndose a éste la realización de la documentación cartográfica que incluimos en el trabajo.

2. Esta prospección se encuadra dentro del proyecto de investigación sobre “El poblamiento de la zona oriental de la Baja Serranía Conquense y el Noroeste de la Comarca de Requena-Utiel desde la Prehistoria a la Edad Media”, dirigido por A.J. Lorrio y cuyo equipo está integrado por A. Mayanós, G. Molina, J. Nadal, T. Pedraz, S. Pernas y M.^a D. Sánchez de Prado. Este proyecto incluyó la prospección arqueológica de los términos municipales de Mira, Aliaguilla (Cuenca), Camporrobles, Fuenterrubles y Villargordo del Cabriel (Valencia).

3. En este momento, posiblemente, fue cuando se “exploró” por vez primera esta cavidad pues existía la leyenda, inventada para que nadie entrase allí, principalmente los niños, en la que se contaba que unos novios habían entrado a ese lugar y habían desaparecido (Moya 1998: 31, n. 1).

4. El Museo de Cuenca conserva algunos “Materiales procedentes de ‘Cueva Santa’, Fuencaliente de Mira” (Expediente 1977/3), que cabe relacionar con esta intervención: 13 vasijas a torno, en su mayoría piezas completas, que incluyen 10 caliciformes y 3 ollas, de época ibérica (n.º inv. 77/3/1 a 13). El ingreso incluye un fragmento de lámpara, otro de candil de pie alto, y otro de mortero, de época moderna, así como dos monedas de bronce, una indeterminada y otra acuñada en 1870. Además, un fragmento de aceitera y un cráneo humano. (Vid. Figs. 7,1; 10,3-10, 16-18; 13,7-10).

5. Se trata de un conjunto heterogéneo de materiales, incluyendo desde un fragmento de hacha o azuela pulimentada, un colgante de hueso y un hacha de cobre, que cabe relacionar con las primeras ocupaciones de la cueva, hasta un conjunto de 17 monedas que abarcan desde el siglo XV al XIX. Con todo, lo que más abunda son los restos cerámicos, en general muy fragmentados, que incluyen cerámica a mano, un importante lote de restos de vasijas y una maza de mortero de época ibérica, dos fragmentos de cerámica campaniense, y un conjunto de los talleres Paterna-Manises de época bajomedieval y moderna. (Vid. Figs. 7,1; 8; 10,1-2, 19; 11,1; 13,1-6).

6. No obstante, la existencia de varias denominaciones referidas a la misma cavidad habría generado cierta confusión sobre la posible existencia de una segunda cueva, diferente de la actual ermita, y de la que procederían los materiales del Museo de Cuenca (Moneo 2003: 169).

7. Dimensiones: Long.: 7,05 cm; ancho máx.: 3,67 cm; ancho talón: 1,68 cm; grosor: 0,8 cm; peso: 96,7 gr.

Análisis metalográfico (PA 11501):

Fe	Ni	Cu	Zn	As	Ag	Sn	Sb	Pb	Bi
0,00	0,41	98,1	0,00	0,95	0,047	0,00	0,079	0,00	0,00

8. A partir del estudio de los ejemplares valencianos, Simón (1998: 235) ha señalado la mayor antigüedad de los modelos más rectangulares, macizos y con una diferencia entre filo y talón escasa, mientras que los ejemplares cuya relación filo-talón está a favor del primero, serían más modernos.

9. En la Cueva II del Puntal del Horno Ciego, el caliciforme de cuerpo globular es minoritario, sólo 13 ejemplares, frente a los tipos de perfil en S o carenado, 55 y 27 ejemplares, respectivamente. Su presencia se circunscribe al Estrato II (Martí Bonafé 1990: n^{os} 7014, 7030, 7045, 7046), no apareciendo ya en niveles inferiores, donde únicamente se documentan las otras formas citadas. La presencia generalizada de este tipo de caliciforme en contextos del Ibérico Pleno permitiría plantear que el uso de esta cavidad se mantendría hasta un momento avanzado del siglo IV a.C., momento en el que la Cueva Santa estaría ya en pleno funcionamiento.

10. Esta incorporación de una divinidad masculina a otra femenina, representadas ambas por estalactitas o concreciones, aparece bien documentado en el mundo Egeo de Creta., como en la cueva de *Hermes*, en Patsos, con estalactitas y concreciones en forma humana o animal, donde los hallazgos muestran cómo a la diosa de las serpientes de tradición minoica se une, desde el Minoico Reciente, una divinidad masculina de carácter guerrero y agrario con quien se ha relacionado una figura masculina de bronce portando una lanza que se ha identificado con *Reshef* (Faure 1964: 137 ss.).

11. En este sentido resulta interesante señalar cómo, en Roma, los templos de *Marte* se situaban al exterior del ciudad, como el *Campus Martis* con un altar o *ara Martis in campo*, que se ha relacionado con los rituales funerarios de los reyes y generales (Coarelli 1984: 62; Torelli 1984: 107 s.), así como con ritos iniciáticos de los *salios* (Dumézil 1987: 216).

12. Tales prospecciones completan la información recogida en trabajos precedentes centrados exclusivamente en el poblamiento de época ibérica (Mata *et al.* 2001 y 2002). En 2005 hemos realizado la Carta Arqueológica del término municipal de Mira, cuyos resultados no modifican el panorama propuesto.

13. Los trabajos de prospección y la revisión de los materiales pertenecientes a diferentes colecciones ha permitido matizar lo señalado por Moya (1998: 48), toda vez que algunas de las piezas esgrimidas para apoyar dicha continuidad, como sería el caso de algunos fragmentos de vidrio, corresponden en realidad a un momento más reciente.

14. En este sentido, puede plantearse como hipótesis que, en lo que respecta a los ritos y divinidades, se produjera una evolución. De esta forma, cabe pensar que la diosa indígena ancestral, *Astarté-Hécate*, pasaría a ser asimilada con una divinidad del tipo de la *Diana-Iuno* romana, mientras que un dios semejante a *Marte* representaría a la divinidad masculina. Además, cabe suponer que primaran los aspectos agrarios, estando ligados a la fertilidad de la tierra, ya que sería la principal preocupación de las *villae* agrícolas documentadas en esta época en el curso del Cabriel, como la que, al parecer, existía en las proximidades de Fuencaliente, hoy anegada por el pantano de Contreras (Exp. Museo de Cuenca 1974/31; Moya 1998: 48).

15. En efecto, este redescubrimiento o frecuentación de antiguas cuevas-santuario ibéricas aparece bien documentado en otras zonas de la Península Ibérica, como en la Cueva del Caball, en Olocou, Alicante, a cuya entrada existía una escultura de caballo a la que rendían culto los moros y cristianos, que fue mandada destruir por el Papa Calixto III (Escolano, Décadas II: 357). Además, esta perduración de las manifestaciones religiosas se pone de manifiesto a través del II Concilio de Braga celebrado en el 572, el III Concilio de Toledo, canon 16 (a. 589) en el que se manda que se persiga y erradique la idolatría, o los más tardíos del XII Concilio de Toledo, canon 11 (a. 681) y XVI Concilio de Toledo, canon 2 (a. 693), en los que se prohíbe venerar las piedras, fuentes y árboles.

16. No obstante, existe una tradición oral según la cual no sería la Virgen María la que se venera en la Cueva, sino otra Virgen, otra Santa, noticia que resulta sugerente relacionar con la aportada por el Mayo que Fuenterrobles dedica a la Virgen de la Cueva, en la que se identifica con Santa Catalina (*vid. infra*) (Moya 1998: 76 s.).

17. Todas estas poblaciones pertenecen en la actualidad a la provincia de Valencia, aunque hasta mediados del siglo XIX lo hicieran a la de Cuenca, adscripción administrativa y eclesiástica que se mantiene en el caso de Mira y La Pesquera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABASCAL, J.M. (1995): Las inscripciones latinas de Santa Lucía del Trampal (Alcuéscar, Cáceres) y el culto de Ataecina en Hispania. *Archivo Español de Arqueología*, 68: 31-105.
- ABÁSULO, J.A.; MAYER, M. (1996): La Cueva del Puente (Orduña, Burgos). *Saxa Scripta*, Actas del Simposio Internacional Ibero-Itálico sobre epigrafía rupestre (A. Rodríguez Colmenero y L. Gasperini, eds.), Santiago de Compostela y Norte de Portugal, 29 de junio a 4 de julio de 1992 (Anejos a Larouco, 2): 43-77.
- ALDEA, Q.; MARTÍN, T.; VIVES, J. (dirs.) (1975): V. "santuarios". *Diccionario de Historia Eclesiástica de España IV*, Instituto Enrique Flórez, Madrid.
- ALFÖLDI, A. (1974): *Die Struktur der vorrömischen Römerstaates*. Heidelberg.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1969): *La necrópolis de "Las Madrigueras"*, *Carrascosa del Campo (Cuenca)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana X, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1994): Saunas iniciáticas, termas celtibéricas y culto imperial. *Mélanges R. Chevalier II. Histoire & Archéologie I* (R. Bedon y P.M. Marín, eds.), (Caesarodunum, XXVIII), Tours: 139-153.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1996a): *Ideología y Poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*. Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1996b): Sacred Places and Cults of Late Bronze Age Tradition in Celtic Hispania. *Archäologische Forschungen zum Kultgeschehen in der Jüngerer Bronzezeit und Frühen Eisenzeit Alteruropas* (R. Habelt, coord.), Kolloquiums in Regensburg 4-7 Oktober 1993, Universität Regensburg, Bonn: 43-77.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1996c): El *Lucus Dianae* con inscripciones rupestres de Segóbriga. *Saxa Scripta*, Actas del Simposio Internacional Ibero-Itálico sobre epigrafía rupestre (A. Rodríguez Colmenero y L. Gasperini, eds.), Santiago de Compostela y Norte de Portugal, 29 de junio a 4 de julio de 1992 (Anejos a Larouco, 2): 61-97.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1997): Lobos y ritos de iniciación en Iberia. *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura* (R. Olmos y J.A. Santos, eds.), Congreso Internacional, Roma 11-13 de noviembre de 1993, Serie Varia 3, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (1993): La "sauna" de Ulaca y los baños iniciáticos en el mundo céltico. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1: 177-253.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MOLTÓ, L. (1992): Baños de vapor en la Hispania prerromana. *Termalismo antiguo*, Actas de la mesa redonda "Aguas medicinales, termas curativas y culto a las aguas en la Península Ibérica", Madrid 28-30 de noviembre de 1991, (Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, Historia Antigua 5), Madrid: 67-102.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, F. (1941): *Catálogo de los exvotos de bronce, ibéricos*, Museo Arqueológico Nacional. 2 vol, Madrid.
- APARICIO, J. (1997): El culto en cuevas y la religiosidad protohistórica. *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 18: "Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico, Castellón: 345-358.
- APARICIO, J.; GURREA, V.; CLIMENT, S. (1983): *Carta arqueológica de La Safo*. Instituto de Estudios Comarcales "Duque Real Alfonso el Viejo", Ayuntamiento de Gandía. Arqueología-1, Gandía.
- APARICIO, J.; SAN VALERO, J.; MARTÍNEZ, J.M. (1983a): Cueva de la Noguera (Ayora, Valencia). *Serie Arqueológica 9, Varia II*, Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valencia, Valencia: 354-357.
- ARANEGUI, C.; PLA, E. (1981): La cerámica ibérica. *La baja época de la Cultura Ibérica*, Madrid: 73-111.
- ARÉVALO, A.; PRADOS, L.; MARCOS, C.; PEREA, A. (1998): El origen votivo del tesoro de Salvacañete (Cuenca). *Los Iberos príncipes de Occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Saguntum Extra-1, Barcelona: 255-263.
- ARROYO, F.; MOYA, F.; CAÑADA, R.J. (1995): *Fuenterrobles, memoria de un pueblo*. Diputació de València, Ayuntamiento de Fuenterrobles, Utiel.
- BAZZANA, A. (1984): El yacimiento medieval de Santa Fé de Oliva (Valencia). Estudio de su cerámica. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 18: 257-336.
- BAZZANA, A. (1986): Essai de typologie des ollas Valenciennes. *Segundo Coloquio Internacional de Cerámica Medieval en el Mediterráneo Occidental* (Toledo 1981): 93-98.
- BEIRÃO, C. DE M.; SILVA, C.T.; SOARES, J.; GOMES, M.V.; GOMES, R.V. (1985): Depósito votivo da II Idade do Ferro a Garvão. Notícia da primeira campanha de escavações. *O Arqueólogo Português*, série IV,3: 45-136.
- BERMEJO, J.C. (ed.) (1982): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Akal, Madrid.
- BIELZA DE ORY, V. (1989): *Territorio y sociedad en España I, Geografía física*. Taurus, Madrid.
- BIERL, A. (1994): Apollo in greek tragedy: Orestes and the god of initiation. *Apollo. Origins and influences*. (J. Solomon, ed.), Tucson and London: 81-96.
- BLÁZQUEZ, C.; GARCÍA-BELLIDO, M.P. (1998): Las monedas de Salvacañete (Cuenca) y su significado en el tesoro. *Archivo Español de Arqueología*, 71: 249-255.
- BLÁZQUEZ, J.M. (1977): *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Cristiandad, Madrid.

- BLÁZQUEZ, J.M. (1983): *Primitivas Religiones Ibéricas. Religiones Prerromanas*. Cristiandad, Madrid.
- BONET, H. (1995): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria. La antigua Edeta y su territorio*. Diputación de Valencia, Valencia.
- BONET, H.; MATA, C. (1997): Lugares de culto edetanos. Propuesta de definición. *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 18: "Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico", Castellón: 115-146.
- BONET, H.; MATA, C. (2002): *El Puntal dels Llops. Un fortín edetano*. Servicio de Investigación Prehistórica, Serie de Trabajos Varios 99, Valencia.
- BONNET, C. (1996): *Astarté. Dossier documentaire et perspectives historiques*. Contributi alla Storia della religione Fenicio-Punica II, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- CAQUOT, A. (1960): Les Rephaïm ougaritiques. *Syria*, 37: 75-93.
- CAQUOT, A.; SZNYZER, M.; HERDNER, A. (1974): *Textes Ougaritiques, I. Mythes et légendes*. Paris.
- CLUGNET, L. (2004): Santa Catalina de Alejandría. Traducción de J. Lozano Torres. *Enciclopedia Católica*. (<http://www.encyclopediacatolica.com/c/catalinaalejandria.htm>).
- COARELLI, F. (1983): *Il Foro Romano. Periodo Arcaico*. Roma.
- COARELLI, F. (1984): *Roma sepolta*. Roma.
- COMBET-FARNOUX, B. (1980): *Mercure romain. Le culte public de Mercure et la fonction mercantile à Rome de la République Archaïque à l'Époque Augustéenne*. Paris.
- CORZO, R. (1991): Piezas etruscas del santuario de La Algaida (Sanlúcar de Barrameda, Cádiz). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica* (J. Remesal y O. Musso, coords.), Universitat de Barcelona, Barcelona: 399-411.
- CRAWFORD, O.G.S. (1957): *The Eye Goddess*. Phoenix House Ltd., London.
- DACOSTA, Y. (1991): *Initiations et sociétés secrètes dans l'antiquité gréco-romaine*. Berg International, Paris.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1994): *La Edad del Bronce en la provincia de Cuenca*. Arqueología Conquense 13, Cuenca.
- DOWDEN, K. (1989): *Death and the Maiden. Girls' Initiations rites in Greek Mythology*. Routledge, London and New York.
- DUMÉZIL, G. (1942): *Horaces et les Curiaes*. Paris.
- DUMÉZIL, G. (1987): *La Religione Romaine Archaïque*. Payot, Paris.
- EDLUND, I.E.M. (1987): *The Gods and the Place. Location and function of sanctuaries in the countryside of Etruria and Magna Graecia (700-400 B.C.)*. Acta Instituti Romani Regni Sueciae, Series in 4º, XLIII, Stockholm.
- ESCOLANO, G. (1972, reed. 1878-1880): *Décadas de la historia de la insigne y coronada ciudad y reino de Valencia*, II, Valencia.
- ESTÉBANEZ, J. (1974): *Cuenca. Estudio geográfico*. Instituto de geografía aplicada, Patronato "Alonso de Herrera", CSIC, Madrid.
- FANTAR, M. (1970): *Eschatologie phénicienne punique*. Paris.
- FARNELL, L.R. (1977): *The Cults of the Greek States II*. Caratzas Brothers, New Roselle, New York.
- FAURE, P. (1964): *Fonctions des cavernes crétoises*. École Française d'Athènes 14, Travaux et Mémoires, E. de Boccard, Paris.
- FERNÁNDEZ ARDANAZ, S. (1999): Santuarios de Cuevas y Santerón: rituales festivos de identidad y alianza. Expresiones de antiguas federaciones prerromanas. *Antropología de la Fiesta (Jornadas de Antropología de las Fiestas. "Identidad, mercado y poder")* (M. Oliver Narbona, coord.), Alicante: 109-131.
- FERNÁNDEZ ARDANAZ, S. (2000): Peñas festivas, cofradías, federaciones precristianas en Santerón (Cuenca-Ademuz): un proceso de refuncionalización. *Antropología de la Fiesta (II Jornadas de Antropología de las Fiestas. "Identidad, mercado y poder")* (M. Oliver Narbona, coord.), Alicante: 69-85.
- FERNÁNDEZ NIETO, F.J. (1999): La federación celtibérica de Santerón. *Pueblos, Lenguas y Escrituras en la Hispania Prerromana (Actas del VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas)* (F. Villar y F. Beltrán, eds.), Salamanca: 183-201.
- FLETCHER, D. (1975): *La Labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1973*. Valencia.
- FOUGÈRES, G. (1896): Inscriptions de Matinée. *Bulletin de Correspondance Hellénique*, 20: 119-166.
- GARCÍA, D. (1993): *Entre Ibères et Ligures. Lodévois et moyenne vallée de l'Hérault protohistoriques*. Revue Archéologique de Narbonne, supplément 26, Paris.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. (1991): Las religiones orientales en la Península Ibérica. Documentos numismáticos I. *Archivo Español de Arqueología*, 64: 37-81.
- GARCÍA CANO, J.M. (1997): *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia, Murcia.
- GARDNER, E.G. (2004): Santa Catalina de Siena. Traducido por A. Llaza Corrales. *Enciclopedia Católica*. (<http://www.encyclopediacatolica.com/c/catalina.htm>).

- GENNEP, A. VAN (1981): *Les rites de passage. Étude systématique des rites*. Picard, Paris (reed. 1909).
- GIL-MASCARELL, M. (1975): Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* (Saguntum), XI: 281-333.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. (1993): Las cuevas santuario ibéricas en el País Valenciano: un ensayo de interpretación. *Verdolay*, 5: 67-78.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J. (2002-03): Estudio historiográfico, catálogo e interpretación de las cuevas-refugio y cuevas-santuario de época ibérica en Alicante. *Recerques del Museu d'Alcoi*, 11/12: 57-84.
- GONZÁLEZ BLANCO, A.; GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R.; AMANTE SÁNCHEZ, M. (1993): *La Cueva de la Camareta (Agramón, Hellín-Albacete)*, Antigüedad y Cristianismo X, Murcia.
- GRAU, I. (1996): La cova dels Pilars (Agres, El Comtat): Aportació a l'estudi de les coves-santuari ibèriques. *Alberri*, 9: 79-105.
- GRAU, I. (2000): Territorio y lugares de culto en el área central de la Contestania. *Quaderns de Prehistoria i Arqueologia de Castelló*, 21: 195-225.
- GUÉRIN, P. (2003): *El Castellet de Bernabé y el horizonte Ibérico Pleno edetano*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 101, Valencia.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996): *La Cora de Tudmir. De la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*. Collection de la Casa de Velázquez 57, Madrid-Alicante.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; GIL, F. (1997): Una cueva santuario ibérica en la Sierra de los Hermanillos (Jumilla, Murcia). *Pleita*, 1: 5-27.
- HÖFLER, O. (1973): *Verwandlung skulte, Volkssagen und Muthen*. Vienne.
[Http://forum.softpedia.com/showthread.php?threadid=1830](http://forum.softpedia.com/showthread.php?threadid=1830)
- JACOB-ROST, L. (1966): Zu einigen hethitischen Kultfunktionären. *Orientalia*, 35: 417 s.
- JOVER, F.J. (1998): La industria lítica. *La Loma de Betxi (Paterna, Valencia) un poblado de la Edad del Bronce* (M.^aJ. de Pedro), Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 94, Valencia.
- KONDIS, J.D. (1967): Artemis Brauronia. *AD* 22: 156-206.
- LAGRANGE, M.J. (1905): *Études sur les religions sémitiques*. Paris.
- LANTIER, R. (1917): *El santuario ibérico del Castellar de Santiesteban*. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas 15, Madrid.
- LATTE, K. (1960): *Römische Religionsgeschichte*. Munich.
- LAVAGNE, H. (1988): *Operosa Antra. Recherches sur la grotte à Rome, de Sylla à Hadrien*. Bulletin de l'École Française d'Archéologie à Rome 272, Paris-Roma.
- LILLIU, G. (1959): Betilo. *Enciclopedia dell'Arte Antica, Classica e Orientale* II, Roma: 72-76.
- LILLO, P. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia.
- LILLO, P. (1983): Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los lobos de la Umbría de Salchite. *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza: 769-787.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1979): *La cultura ibérica del valle medio del Genil*. Córdoba.
- LÓPEZ PALOMO, L.A. (1981): Alhonor. Excavaciones de 1973 a 1978. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 11: 33-189.
- LORRIO, A.J. (2001): La arqueología ibérica en la comarca de Requena-Utiel: análisis historiográfico. *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)* (A.J. Lorrio, ed.), (Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4), Alicante: 15-31.
- LORRIO, A.J.; MONTERO, I. (2004): Cronología y reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la Colección Siret. *Trabajos de Prehistoria*, 61, nº 1: 99-116.
- LORRIO, A.J.; SÁNCHEZ DE PRADO, M.^aD. (2004): La mezquita y el hi8n de El Molón (Camporrobles, Valencia). *De la medina a la vila (Petrer-Novelda 2003)*, Alicante: 139-166.
- LULL, V. (1983): *La "cultura" de El Argar (un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*. Madrid.
- MANNEVILLE, E. DE (1939): Le bétyle de Malte. *Mélanges syriens offerts à M.R. Dussaud* II, Paris: 895-902.
- MARTÍ BONAFÉ, M.A. (1990): Las cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villargordo del Gabriel, Valencia. *Saguntum*, 23: 141-182.
- MARTÍNEZ, J.M. (1992): La muralla ibérica de El Molón, Camporrobles (Valencia). Primera intervención de urgencia. *Boletín informativo*, 7, diciembre 1992. ADECCA-Ayuntamiento de Camporrobles-Acy: 6-11.
- MARTÍNEZ, J.M. (2002): *Texeda la Vieja (Garaballa)*. *Arqueología y mitología de un espacio sagrado en la Serranía de Cuenca*. Valencia.
- MARTÍNEZ CAVIRO, B. (1982): *La loza dorada*. Madrid.
- MARTÍNEZ PERONA, J.V. (1992): El santuario ibérico de la cueva Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme. *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana. Homenaje a E. Pla Balleste*, Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica 89, Valencia: 262-281.

- MARTÍNEZ VALLE, A. (2001): Los hornos ibéricos de Las Casillas del Cura (Venta del Moro, Valencia). *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)* (A.J. Lorrio, ed.), (Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4), Alicante: 135-150.
- MASACH, J.M. (1975): Las armas y útiles de bronce hallados en el Penedés. *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza: 455-464.
- MASTROCINQUE, A. (1996): Ricerche sulle religioni italiche. *Studi Etruschi*, 61: 139-160.
- MATA, C. (1991): *Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Origen y evolución de la Cultura Ibérica*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 88, Valencia.
- MATA, C.; BONET, H. (1992): La cerámica ibérica: Ensayo de tipología. *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 89, Valencia.
- MATA, C.; DUARTE, F.X.; FERRER, M.A.; GARIBO, J.; VALOR, J.P. (2001): Kelin (Caudete de las Fuentes, Valencia) y su territorio. *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)* (A.J. Lorrio, ed.), (Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4), Alicante: 75-88.
- MATA, C.; VIDAL, F.X.; DUARTE, F.X.; FERRER, M.A.; GARIBO, J.; VALOR, J.P. (2002): Aproximació a l'organició del territori de Kelin. *Territori polític y territori rural durant l'Edat del Ferro a la Mediterrànea Occidental*. Monografies d'Ullastret, 2: 309-326.
- MAYET, F. (1975): *Les céramiques a parois fines dans la Péninsule Ibérique*. Paris.
- MENA, P. (1984): *Catálogo de cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*. Boletín del Museo Provincial de Cuenca I, Cuenca.
- MESQUIDA, M. (2001a): *La cerámica Dorada. Quinientos años de su producción en Paterna*. Paterna.
- MESQUIDA, M. (2001b): *Las Ollerías de Paterna. Tecnología y Producción. Siglos XII-XIII*, Vol. I. Paterna.
- MESQUIDA, M. (2002): *La vajilla azul en la cerámica de Paterna*. Paterna.
- MOLINA-BURGUERA, G.; PEDRAZ, T. (2000): Nuevo aporte al eneolítico valenciano: la Cueva de las Mulatillas (Villar-gordo del Cabriel, Valencia). *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 16: 7-15.
- MONEO, T. (2001): La posible cueva-santuario de El Molón (Camporrobles, Valencia). *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)* (A.J. Lorrio, ed.), (Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4), Alicante: 171-182.
- MONEO, T. (2003): *Religio Iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 20, Real Academia de la Historia, Madrid.
- MONTEAGUDO, L. (1977): *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*. Berlin.
- MOYA, F. (1998): *La Cueva Santa del Cabriel (Mira, Cuenca). Aproximación a la evolución histórico-religiosa del Santuario y de la imagen allí venerada*. Ayuntamiento de Fuenterrobles, Utiel.
- NAVARRO, J.; SANDOVAL, C.H. (1984): Cabeza Moya (Enguádanos, Cuenca). Primera y segunda campañas. Años 1980 y 1981. *Noticario Arqueológico Hispánico*, 19: 199-269.
- OLMO, G. DEL (1981): *Mitos y leyendas de Canaán según la liturgia de Ugarit*. Cristiandad, Madrid.
- OLMOS, R. (1989): Original elements and Mediterranean stimuli in Iberian pottery: the case of Elche. *Mediterranean Archaeology*, 2: 101-109.
- PALOL, P. DE; VILELLA, J. (1987): *Clunia II. La epigrafía de Clunia*. Excavaciones Arqueológicas en España 150, Madrid.
- PALOMAR, V. (1986): La cueva del Murciélago (Altura, Castellón). 1^a y 2^a campaña de excavaciones. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 12: 45-95.
- PARADA, C. (1993): *Genealogical Guide de Greek Mythology*. Studies in Mediterranean Archaeology 107, Jonsered.
- PASCUAL, J.; MARTÍ, J. (1987): Nuevos datos para el estudio de la cerámica valenciana del siglo XIV. *II Congreso de Arqueología Medieval Española*, T. III: Comunicaciones (Enero 1987, Madrid), Madrid.
- PEREIRA, J. (1999): Recipientes de culto en la necrópolis de Toya (Peal de Becerro, Jaén). *Archivo Español de Arqueología*, 72: 15-29.
- PÉREZ RAMÍREZ, D. (1995): Diócesis de Cuenca. *Guía para visitar los santuarios Marianos de Castilla-La Mancha*. Serie María en los pueblos de España 16, Ediciones Encuentro, Madrid: 177-248.
- PERICOT, L. (1945): La cueva de la Cocina (Dos Aguas). *Archivo de Prehistoria Levantina*, 2: 39-71.
- PY, M. (dir.) (1993): *Dictionnaire des céramiques Antiques (VI^{ème} s. av.n.è.-VII^{ème} s. de n.è.) en Méditerranée nord-occidentale (Provence, Languedoc, Ampurdan)*. Lattes.
- RADDATZ, K. (1969): *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel*. Madrider Forschungen 5, Berlin.
- RANCOULE, G.; RICHARD, J.C.; RIGAL, M.; TOULZE, P. (1985): Le dépôt culturel de la grotte de la Balme-Rouge à Cessero (Hérault). *Archéologie en Languedoc*, 4: 17-159.
- RELLINI, U. (1916): La caverna de Latronico e il culto delle acque salutarì nell'età del bronzo. *Monumenti Antichi Accademia dei Lincei*, XXIV: 461-622.
- RIDLEY, R.A. (1976): Wolf and Werewolfin Baltic and Slavic Tradition. *Journal of Indo-European Studies*, 4: 321-331.

- RIPOLLÈS, P.P. (2001): Historia monetaria de la ciudad ibérica de Kelin. *Los iberos en la comarca de Requena-Utiel (Valencia)* (A.J. Lorrio, ed.), (Anejo a la revista *Lvcentvm*, 4), Alicante: 105-115.
- ROCA, E. LA (1981): Iuno. *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae*, V,1, Zürich-München: 814-856.
- ROSELLÓ, G. (1978): *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*. Palma de Mallorca.
- RUBIO, F. (1986): *La necrópolis ibérica de La Albufereta de Alicante (Valencia, España)*. Serie Arqueológica 2, Valencia.
- RUTKOWSKI, B. (1972): *Cult Places in the Aegean World*. New Haven and London.
- SALA, F. (1992): *La "Tienda del alfarero" del yacimiento ibérico de La Alcudia (Elche, Alicante)*. Alicante
- SALA, F. (1995): *La cultura material de las comarcas meridionales de La Contestania entre los siglos VI y III a.C.* Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante.
- SCHUBART, H. (1961): Atlantische Nietenkessel von der Pyrenäenhalbinsel. *Madrider Mitteilungen*, 2: 35-54.
- SCHUMACHER, R.W.M. (1993): Three sanctuaries of Poseidon: Geraistos, Kalaureia and Tainaron. *Greek sanctuaries. New approach* (N. Marinatos y R. Hägg, eds.), London and New York: 62-87.
- SERRANO, D.; FERNÁNDEZ, J. (1992): Cuevas rituales ibéricas en la provincia de Valencia. *Al-Gezira*, 7: 11-35.
- SIMÓN, J.L. (1998): *La metalurgia prehistórica valenciana*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 93, Valencia.
- SOLEA, J. (2002): *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*. 2 Vols., Bibliotheca Archaeologica Hispana 17, MARQ. Serie Mayor, 2), Madrid/Alicante.
- THEVENOT, E. (1968): *Divinités et sanctuaires de la Gaule*. Fayard, Paris.
- TORELLI, M. (1984): *Lavinio e Roma. Riti iniziatici e matrimonio tra Archeologia e Storia*. Quasar, Roma.
- ULF, CHR. (1982): *Das römische Lupercalienfest*. Darmstadt.
- VEGA, J. DE LA (1987): Contribució catalana a l'inventari de les probables coves santuari ibèriques. *Fonaments*, 6: 171-181.
- VILASECA, S. (1969): Cueva de la Font Major. *Trabajos de Prehistoria*, 26: 117-220.
- XELLA, P. (1987): *Archeologia dell'inferno. L'Aldilà nel mondo antico vicino-orientale e classico*. Essedue, Verona.